



## SINOPSIS

Cuando John conoce a Número Seis en Soy el Número Cuatro, ella es fuerte, poderosa y está lista para luchar. Pero, ¿quién es ella? ¿Cómo ha estado entrenando? ¿Cuándo desarrolló sus Legados? ¿Y cómo sabe tanto de los mogadorianos?

En Soy el Número Cuatro: Los Archivos Perdidos: Los Legados de Seis, descubre la historia detrás de Seis. Antes de Paradise, Ohio, antes de John Smith, Seis estaba viajando por el Oeste de Texas con su cêpan, Katarina. Lo que pasó ahí cambiaría a Seis para siempre...



# CAPÍTULO UNO

TRADUCIDO POR PAMEE

Katarina dice que hay más de una forma de ocultarse.

Antes de que llegáramos aquí a México, vivíamos en un suburbio de Denver. Entonces, mi nombre era Sheila, un nombre que odio incluso más que mi nombre de hoy en día, Kelly.

Vivimos ahí por dos años, y yo llevaba broches en el cabello y pulseras de goma color rosa en mis muñecas como las demás chicas en mi escuela. Pasé la noche fuera de casa con algunas de ellas, las chicas a las que llamaba “mis amigas.” Fui a la escuela durante el año escolar, y en el verano fui a un campamento de nadadores en la YMCA<sup>1</sup>. Me agradaban mis amigas y la vida que teníamos ahí estaba bien, pero ya había ido y venido con mi cêpan Katarina lo suficiente para saber que no iba a ser permanente. Sabía que no era mi vida *real*.

Mi vida real se llevaba a cabo en nuestro sótano, donde Katarina y yo hacíamos entrenamiento de combate. Durante el día, era una sala de recreación ordinaria, con un enorme y cómodo sofá y una televisión en una esquina y una mesa de ping pong en la otra. Por la noche, era un gimnasio de entrenamiento de combate bien surtido, con sacos de boxeo, colchonetas, armas e incluso un caballete.

En público, Katarina actuaba el papel de mi madre, asegurando que su “esposo” había sido asesinado en un accidente de coche cuando yo era una niña. Nuestros nombres, nuestras vidas, nuestras historias, todas eran inventadas, identidades para mí y Katarina tras las que escondernos. Pero esas identidades nos permitían sobrevivir en público, actuar normales.

Mezclarse: esa era una forma de ocultarse.

Pero nos equivocamos. Hasta este día puedo recordar nuestra conversación mientras nos marchábamos de Denver dirigiéndonos a México, sin ninguna razón además de que nunca habíamos estado ahí, ambas intentando averiguar como habíamos arruinado nuestra cubierta exactamente.

Algo que le había dicho a mi amiga Eliza había contradicho algo que Katarina le había dicho a la madre de Eliza. Antes de Denver habíamos vivido en Nueva Escocia por un frío, frío invierno, pero como yo recordaba nuestra historia, la mentira que habíamos acordado era que habíamos vivido en Boston antes de Denver. Katarina lo recordaba de forma

---

<sup>1</sup> La **Asociación Cristiana de Jóvenes**, más conocida por las siglas de su nombre en inglés: **YMCA** (*Young Men's Christian Association*.) es un movimiento social juvenil de raíces protestantes extendido por todo el mundo.



diferente, y aseguró que Tallahassee fue nuestro hogar anterior, luego Eliza le dijo a su madre y ahí fue cuando la gente comenzó a sospechar.

Difícilmente era una exposición calamitosa. No teníamos razón inmediata para creer que nuestro desliz elevaría el tipo de sospecha que atraería a los mogadorianos a nuestra ubicación, pero nuestra vida se había vuelto agria allí, y Katarina calculó que ya nos habíamos quedado lo suficiente.

Así que nos mudamos de nuevo.

El sol es brillante y fuerte en Puerto Blanco, el aire imposiblemente seco. Katarina y yo no hicimos intento de mezclarnos con los otros residentes, granjeros mexicanos y sus hijos. Nuestro único contacto regular con los locales es en nuestro viaje semanal a la ciudad para comprar alimentos necesarios en la pequeña tienda. Somos las únicas blancas en muchos kilómetros, y aunque ambas hablamos buen español, no hay forma de que nos confundan con nativos del lugar. Para nuestros vecinos somos las gringas, blancas extrañas y solitarias.

“A veces puedes ocultarte con la misma eficacia al resaltar,” dice Katarina.

Parece tener razón, hemos estado aquí casi un año y no hemos sido molestadas ni una vez.

Llevamos una vida solitaria pero ordenada, en una extensa cabaña de un piso ubicada entre dos grandes parches de tierras de cultivo. Despertamos con el sol, y antes de comer o ducharme, Katarina me hace ejecutar los ejercicios en el patio: correr arriba y abajo por una colina pequeña, hacer calistenia<sup>2</sup>, y practicar tai chi. Tomamos ventaja de las dos horas relativamente frías de la mañana.

Los ejercicios matutinos son seguidos por un desayuno ligero, luego tres horas de estudios: idiomas, historia mundial, y cualquier otra materia que Katarina pueda desenterrar de internet. Ella dice que su método de enseñanza y la materia son “eclécticos”. No sé lo que significa la palabra, pero estoy agradecida por la variedad.

Katarina es silenciosa, una mujer pensativa, y aunque es la cosa más cercana que tengo a una madre, es muy diferente a mí. Los estudios son, probablemente, lo más destacado de su día; yo prefiero los ejercicios.

Después de los estudios, de vuelta al sol abrazador, donde el calor me marea lo suficiente para casi aluciar mis enemigos imaginarios. Batallo con hombres de paja: disparándoles con flechas, apuñalándolos con cuchillos, o simplemente golpeándolos con mis puños desnudos. Pero medio cegada por el sol, los veo como mogadorianos, y saboreo la oportunidad de desgarrarlos en pedazos. Katarina dice que aunque solo tengo trece años, soy tan ágil y tan fuerte que fácilmente podría acabar incluso con un adulto bien entrenado.

---

<sup>2</sup> La **calistenia** o kalistenia es un sistema de ejercicio físico en el cual el interés está en los movimientos de grupos musculares, más que en la potencia y el esfuerzo. El objetivo es la adquisición de gracia y belleza en el ejercicio.



Una de las cosas más lindas de vivir en Puerto Blanco es que no tengo que esconder mis habilidades. Allá en Denver, si nadaba en el Y o si solo jugaba en la calle, siempre tenía que contenerme, para evitar revelar la velocidad y fuerza superior que era resultado del régimen de entrenamiento de Katarina. Nos mantenemos como nosotras mismas aquí afuera, lejos de los ojos de los demás, así que no me tengo que ocultar.

Hoy es domingo, así que nuestra tarde de ejercicios es corta, solo una hora. Estoy haciendo shadowboxing con Katarina en el patio, y puedo sentir su deseo por detenerse: sus movimientos son a medias, está bizqueando contra el sol, y parece cansada. Amo entrenar y podría estar todo el día haciéndolo, pero por respeto a ella, sugiero que terminemos con la jornada.

“Oh, supongo que podríamos terminar antes,” dice. Sonrío en secreto, permitiéndole pensar que soy yo la cansada.

Entramos y Katarina nos sirve dos vasos altos de *agua fresca*<sup>3</sup>, nuestro tratamiento habitual en domingo. El ventilador está soplando con toda su fuerza en la humilde sala de estar de nuestra choza. Katarina enciende sus varios computadores mientras yo me quito mis sucias botas de combate llenas de sudor y colapso en el suelo. Estiro los brazos para evitar que se anuden, luego los balanceo hacia la estantería en la esquina y saco una gran pila de juegos de mesa que conservamos ahí. Riesgo, Stratego, Othello. Katarina ha intentado interesarme en juegos como El juego de la Vida y Monopoly, diciendo que no estaría demás estar “bien preparada”, pero esos juegos nunca tienen mi interés. Katarina captó la indirecta y ahora solo jugamos juegos de combate y estrategia. Riesgo es mi favorito, y ya que hoy terminamos temprano, creo que Katarina estará de acuerdo en jugarlo incluso aunque es un juego más largo que los otros.

“¿Riesgo?” Katarina está en su silla de escritorio, pivoteando de una pantalla a la otra. “¿Riesgo o qué?” pregunta ausentemente.

Me río, luego sacudo la caja cerca de su cabeza. Ella no alza la vista de las pantallas, pero el sonido de esas piezas traqueteando dentro de la caja es suficiente para que lo entienda.

“Oh,” dice. “Seguro.”

Instalo el tablero. Sin preguntar, reparto los ejércitos entre los de ella y los míos, y comienzo a ubicarlos alrededor del mapa del juego. Hemos jugado tanto este juego que no necesito preguntarle qué países quiere reclamar, o qué territorios le gustaría fortificar; siempre elige los Estados Unidos y Asia. Felizmente ubico sus piezas en esos territorios, sabiendo que desde mis territorios más fáciles de defender rápidamente fortaleceré el ejército lo suficiente como para aplastar el suyo

Estoy tan absorta instalando el juego que no noto el silencio de Katarina, su ensimismamiento. Solo cuando hago crujir mi cuello muy fuerte y ella se olvida de

---

<sup>3</sup> En español.



regañarme—“Por favor no lo hagas,” dice normalmente, quejándose del sonido que hace— levanto la mirada y la veo, mirando fijamente y con la boca abierta uno de sus monitores.

“¿Kat?” pregunto. Ella está en silencio.

Me levanto del suelo, pasando a través del tablero de juego y me uno a ella en el escritorio. Es solo entonces que veo qué capturó su atención tan completamente: un artículo de noticias de última hora sobre algún tipo de explosión en un autobús en Inglaterra.

Gimo.

Katarina siempre está revisando el internet y las noticias en busca de muertes misteriosas; muertes que podrían ser trabajo de los mogadorianos, muertes que podrían significar que el segundo miembro de los garde ha sido derrotado. Lo ha estado haciendo desde que llegamos a la Tierra, y me frustrado con el pesimismo de eso. Además, no es como si nos hubiera hecho un bien la primera vez.

Tenía nueve años, vivía en Nueva Escocia con Katarina. Nuestra sala de entrenamiento ahí era el ático. Katarina se había retirado del entrenamiento por el día, pero yo todavía tenía energía que quemar, y estaba sola haciendo piruetas en el caballete cuando de repente, sentí una explosión de dolor ardiente en mi tobillo. Perdí el equilibrio y me vine abajo sobre la colchoneta, agarrando mi tobillo y gritando de dolor.

Mi primera cicatriz, eso quería decir que los mogadorianos habían matado al Número Uno, el primero de los garde. Y para todo el recorrido de Katarina por la web, nos había tomado por completo desprevenidas.

Esperamos en ascuas durante semanas, esperando una segunda muerte y una segunda cicatriz a seguir en corto plazo. Pero no vino.

Creo que Katarina todavía está enroscada, ansiosa, lista para volar. Pero tres años han pasado, casi un cuarto de mi vida entera, y no es algo que piense mucho.

Me paro entre ella y el monitor. “Es domingo, hora de juego.”

“Por favor, Kelly.” Dice mi alias más reciente con cierta rigidez, sé que siempre seré Seis para ella; en mi corazón, también. Esos alias son solo caparazones, no son quien soy realmente. Estoy segura de que allá en Lorien tenía un nombre, un nombre real, no solo un número; pero eso está muy lejos, y he tenido tantos nombres desde entonces, que no puedo recordar cual era.

Seis es mi verdadero nombre. Seis es quien soy.

Katarina me hace un lado, ansiosa por leer más detalles. Hemos perdido tantos días de juego por alertas de noticias como estas, y nunca resultan ser algo, solo son tragedias comunes. La Tierra, he llegado a descubrir, no tiene escasez de tragedias.



“Nop, solo es un choque de autobús. Estamos jugando.” Me pongo en sus brazos, deseosa de que se relaje. Luce cansada y preocupada, y se que podría utilizar la pausa.

Se mantiene firme. “Es una *explosión* de un autobús, y aparentemente,” dice, alejándose para leer de la pantalla, “el conflicto está en marcha.”

“El conflicto siempre lo está,” digo, rodando mis ojos. “Vamos.”

Ella sacude la cabeza, dándome una de sus sonrisas agotadas. “Está bien,” dice. “Bien.”

Katarina se aleja de los monitores, sentándose en el suelo para el juego. Toma toda mi fuerza no lamer mi boca por su próxima derrota. Me pongo a su lado, de rodillas.

“Tienes razón, Kelly,” dice, permitiéndose sonreír. “No necesito aterrorizarme por cada pequeña cosa...”

Uno de los monitores del escritorio de Katarina deja salir un repentino *¡ding!* Una de sus alertas. Sus computadores están programados para buscar reportajes inusuales, entradas a blogs, incluso cambios notables en el clima global, todo para filtrar posibles noticias de los garde.

“Oh, vamos,” digo.

Pero Katarina ya se levantó y volvió al escritorio, desplazándose y haciendo clic de link a link una vez más.

“Está bien,” digo, irritada. “Pero no mostraré piedad cuando el juego comience.”

Repentinamente Katarina se queda en silencio, detenida en seco por algo que ha encontrado. Me levanto del suelo y paso sobre el tablero, encaminándome hacia el monitor. Miro la pantalla.

No es, como imaginé, un reportaje de Inglaterra. Es una simple entrada anónima a un blog. Solo unas pocas palabras inquietantes y tentadoras:

“Nueve, ahora ocho. ¿El resto de ustedes están allá afuera?”



## CAPÍTULO DOS

TRADUCIDO POR NERU

Hay un grito en el desierto, de un miembro de la garde. Alguna chica o chico, de la misma edad que yo, buscándonos. En un instante, me apodero del teclado de Katarina y escribo una respuesta en la sección de comentarios. “Estamos aquí.”

Katarina aleja mi mano antes de que pueda presionar enviar. “¡Seis!”

Retrocedo, avergonzada de mi imprudencia, mi precipitación.

“Tenemos que ser cuidadosas. Los Mogadorianos están a la caza, han matado a Uno, por todo lo que sabemos, le tienen el rastro a Dos y a Tres...”

“¡Pero están solos!” Digo, las palabras salen antes de que tenga la oportunidad de pensar lo que estoy diciendo.

No sé cómo sé esto, es sólo un presentimiento que tengo. Si este miembro de la garde ha estado lo suficientemente desesperado para llegar a Internet buscando a los otros, su cêpan, él o ella, debe haber sido asesinado. Me imagino el pánico de mi compañero de la garde, su miedo. No me puedo imaginar lo qué sería perder a mi Katarina, estar sola. Considerar todo con lo que tendría que lidiar... *¿sin Katarina?* Es inimaginable.

“¿Qué pasa si es Dos? ¿Qué si pasa está en Inglaterra y los mogs están detrás ella y está pidiendo ayuda?”

Hace un segundo estaba burlándome de Katarina por su absorción en las noticias, pero esto es diferente, esto es una conexión a alguien como yo. Ahora estoy desesperada por ayudarlos, por responder su llamada.

“Quizás es tiempo,” digo, envolviendo mis puños.

“¿Tiempo?” Katarina está asustada, con una expresión de desconcierto.

“¡Tiempo de pelear!”

La cabeza de Katarina cae en sus manos y se ríe en sus palmas.

En momentos de gran stress, Katarina a veces reacciona de esta forma: ríe cuando debería ser estricta y se pone seria cuando debería reírse.





Katarina mira hacia arriba y me doy cuenta que no se está riendo de mí, sólo está nerviosa y confundida.

“¡Tus legados ni siquiera se han revelado!” grita, “¿Cómo podríamos siquiera empezar la guerra ahora?”

Ella se levanta del escritorio, sacudiendo su cabeza.

“No, no estamos listas para pelear. Hasta que tus poderes se hayan manifestado, nosotras no empezaremos esta batalla. Hasta que la garde esté lista, debemos escondernos.”

“Entonces, tenemos que enviarle un mensaje a ella.”

“¿Ella? ¡No sabes si es un ella! Por todo lo que sabemos, no es nadie, sólo una persona al azar, usando un lenguaje que accidentalmente encendió mi alerta.”

“Yo sé que es uno de nosotros,” digo, mirando a Katarina directo a los ojos. “Y tú también lo sabes.”

Katarina asiente, admitiendo su derrota.

“Sólo un mensaje. Para dejarles saber que no están solos. Para darle a ella esperanza.”

“‘Ella’ de nuevo,” se ríe Katarina, casi con tristeza.

Pienso que es una chica porque me imagino al que escribió el mensaje como yo. Una versión de mí más asustada y sola, alguien que haya sido privado de su cêpan.

“Está bien,” dice. Me paro entre ella y el monitor, mis dedos puestos sobre las teclas. Decido enviar el mensaje que ya había escrito: “Estamos aquí”, será suficiente.

Presiono enviar.

Katarina sacude la cabeza, avergonzada de permitirme esto tan irresponsablemente. En momentos está en el computador, limpiando cualquier rastro de nuestra ubicación de la transmisión.

“¿Te sientes mejor?” pregunta, apagando el monitor.

Me siento mejor, un poco. Pensar que le he dado un poco de consuelo y comodidad a uno de la garde me hace sentir bien, conectada a una larga lucha.

Antes de que pueda contestar soy electrificada por un dolor, del tipo que sólo había conocido una vez antes; un cuchillo de lava caliente hundiéndose a través de mi carne en mi tobillo derecho. Mi pierna tira desde debajo de mí y grito, tratando de alejarme del dolor sosteniendo mi tobillo lo más lejos que puedo de mí. Entonces, la veo: la carne de mi



tobillo chisporroteando, explotando con humo. Una nueva cicatriz, mi segunda, serpentea a través de mi piel.

“¡Katarina!” grito, golpeando el suelo con mis puños, desesperada de dolor.

Katarina está congelada de horror, incapaz de ayudar.

“El segundo,” ella dice, “Número Dos está muerto.”



# CAPÍTULO TRES

TRADUCIDO POR NERU

Katarina se precipita hasta el grifo, llena una jarra y la tira sobre mi pierna. Estoy casi catatónica del dolor, mordiendo mi labio tan fuerte que está sangrando. Veo el agua chisporrotear mientras golpea mi carne quemada, entonces inunda el tablero de juego, quitando las piezas del ejército y mandándolas al suelo.

“Tú ganas,” digo, haciendo una débil broma.

Katarina no reconoce mi intento de ingenio.

Mi protectora ha entrado de lleno en el modo cêpan: juntando los materiales de primeros auxilios desde cada esquina de nuestra cabaña y antes de que lo sepa, está aplicando un frío ungüento en mi cicatriz y envolviendo y tapándola con gasa.

“Seis,” dice, sus ojos húmedos con miedo y lástima. Estoy sorprendida, pues ella sólo usa mi nombre real en momentos de extrema crisis; pero entonces me doy cuenta de lo que es esto.

Han pasado años desde la muerte de Uno, sin incidentes. Había sido fácil imaginar que fue una casualidad. Si nos sentíamos muy esperanzadas, podíamos imaginar que Uno había muerto en un accidente, que los mogadorianos no habían atrapado nuestro olor.

Ese tiempo se acabó, estamos seguras de eso ahora. Los mogadorianos han encontrado al segundo miembro de la garde y lo han matado, a él o ella. El mensaje de Dos para nosotros, para el mundo, fue la última cosa que él o ella pudo hacer. Sus violentas muertes están escritas ahora en mi piel.

Sabemos que dos muertes no son una casualidad, la cuenta atrás ha comenzado realmente.

Casi me desmayo, pero me traigo a mi misma de vuelta mordéndome el labio más fuerte. “Seis,” dice Katarina, limpiando la sangre de mi boca con un paño. “Relájate.”

Sacudo mi cabeza.

No. No me puedo relajar nunca. Nunca.

Katarina está esforzándose por mantener la calma pues no quiere asustarme, pero también quiere hacer lo correcto, en honor a sus responsabilidades como cêpan. Puedo decir que está dividida entre todas las reacciones posibles, desde el pánico total a una calma filosófica; lo que sea mejor para mí y el destino de la garde.



Ella acuna mi cabeza, limpiando el sudor de mi frente. El agua y el ungüento han tomado ventaja sobre el dolor, pero todavía me duele tanto como la primera vez, tal vez peor. Pero no comentaré sobre eso, puedo ver que mi dolor y esta evidencia de la muerte de Dos están atormentando lo suficiente a Katarina.

“Estaremos bien,” dice Katarina. “Quedan muchos otros...”

Sé que está hablando a la ligera, no quiere poner la vida de los garde Tres, Cuatro y Cinco antes de mí. Sólo está buscando consuelo. Pero no dejaré que pase.

“Sí, es muy genial que otros tengan que morir antes de mi.”

“Eso no fue lo que quise decir.” Puedo ver que mis palabras le han hecho daño.

Suspiro, apoyando mi cabeza en su hombro.

A veces, en el fondo de mi corazón, uso un nombre diferente para Katarina. A veces para mí, ella no es Katarina o Vicky o Celeste o cualquier otro de sus alias. A veces, en mi mente, la llamo “Mamá.”



# CAPÍTULO CUATRO

TRADUCIDO POR NERU

Estamos en la carretera una hora después. Katarina presiona el volante de nuestra camioneta con sus nudillos blancos a través de los caminos rurales, maldiciendo su elección de escondite. Estos caminos son muy desiguales y polvorientos para ir más rápido de sesenta kilómetros por hora y lo que las dos queremos es la velocidad de una carretera. *Cualquier cosa* para poner tanta distancia como sea posible entre nosotras y nuestra ahora abandonada cabaña. Katarina hizo lo que pudo para esconder nuestro rastro, pero si lo que imaginamos es verdad (que los mogadorianos mataron a Dos segundos después de que vimos su fatal comentario en el blog), entonces se mueven rápido y podrían estar viniendo hacia nuestra casa abandonada justo ahora.

Mientras veo los campos y colinas pasar a través de la ventada del pasajero, me doy cuenta de que ellos ya podrían estar en la cabaña, de hecho, ya podrían estar siguiéndonos en el camino. Sintiéndome como una cobarde mientras lo hago, giro mi cabeza y miro por la ventana trasera a través del rastro de polvo que nuestra camioneta va dejando a nuestro paso.

Ningún coche nos sigue; no todavía, por lo menos.

Empacamos ligero, la camioneta ya estaba cargada con un botiquín de primeros auxilio, un ligero conjunto de acampada, botellas de agua, linternas y mantas. Una vez que estuve lista para caminar de nuevo, todo lo que tuve que hacer fue tomar unas pocas prendas de ropa para el camino y recuperar mi Cofre de la caja de seguridad debajo de la cabaña.

El pánico de la huida me dio un poco de tiempo para sentir el punzante dolor de mi segunda cicatriz, pero volvió ahora, lacerante e insistente.

“No deberíamos haber respondido,” dice Katarina. “No sé en qué estábamos pensando.”

Miro a Katarina buscando signos de reproche en su cara, después de todo, yo fui la que insistió en responder, y me siento aliviada al no encontrar nada. Todo lo que veo es su miedo y su determinación de ponernos tan lejos como sea posible.

Me doy cuenta de que en la confusión y prisa por huir olvidé notar si doblamos hacia el norte o el sur en el cruce a las afueras de Puerto Blanco.

“¿Estados Unidos?” Pregunto.



Katarina asiente, sacando nuestros más recientes pasaportes del interior del bolsillo de su chaqueta del ejército, lanzando el mío a mi regazo. Lo abro y miro mi nuevo nombre.

“Maren Elizabeth,” digo en voz alta. Katarina invierte un montón de tiempo en sus falsificaciones, aunque por lo general me quejo sobre los nombres que escoge para mí. Cuando tenía ocho y nos estábamos mudando a Nueva Escocia, supliqué y supliqué llamarme Starla. Katarina desaprobó la sugerencia, pensó que era muy “para atraer la atención,” demasiado exótico. Ahora casi me río de pensar en eso. Una Katarina en México es tan exótica como puede ser. Y por supuesto que lo conserva, Katarina se ha encariñado con su propio nombre.

A veces sospecho que los cêpans no son tan diferentes a los padres después de todo.

Maren Elizabeth... no es Starla, pero me gusta cómo suena.

Me agacho y acuno mi pantorrilla, justo sobre la punzante cicatriz en mi tobillo. Apretando mi pantorrilla puedo disminuir el dolor de mi carne quemada.

Pero mientras el dolor disminuye, el miedo vuelve, el miedo de nuestra presente situación, el horror de la muerte de Dos. Decido soltar mi pantorrilla y dejar que mi pierna arda.

Katarina se niega a detener el coche para nada más que poner gasolina e ir al baño. Es un viaje largo, pero tenemos modos de pasar el tiempo. Sobre todo, jugamos “Sombra”, un juego que Katarina inventó durante nuestros anteriores viajes, por nuestro deseo de seguir entrenando incluso cuando no podíamos hacerlo físicamente.

“Un mogadoriano viene corriendo hacia ti desde las dos en punto, blandiendo una espada de cincuenta centímetros en su brazo izquierdo. Se balancea.”

“Me agacho,” digo. “Esquivando a la izquierda.”

“Gira a tu alrededor con la espada sobre su cabeza.”

“Desde el suelo, una patada a su ingle. Una serie de patadas, desde su lado derecho al izquierdo.”

“Sobre su espalda, pero agarra tu brazo.”

“Lo dejo. Uso la fuerza de su agarre para balancear mis piernas y liberarlas, levantarlas, y entonces bajarlas hacia su cara. Piso su cara, liberando mi mano.”

Es un juego extraño, me fuerza a separar lo físico de la realidad, a pelear con mi cerebro y no con mi cuerpo. Solía quejarme sobre el juego Sombra, diciendo que era todo invento, que no era real. Pelear era puños, pies y cabezas, no era cerebros, no era palabras.



Pero mientras más Sombra jugábamos, mejor me volvía en mis ejercicios, especialmente en los ejercicios mano a mano con Katarina. No podía negar que el juego era una buena práctica, me hizo una mejor luchadora. He llegado a amarlo.

“Corro,” digo.

“Demasiado tarde,” dice ella. Casi me quejo, sabiendo lo que viene. “Te olvidaste de la espada,” dice. “Él ya se levantó y golpeó tu costado.”

“No, no lo hizo,” digo. “Congelé su espada y la hice trizas como un cristal.”

“Oh, ¿lo hiciste ahora?” Katarina está cansada, con los ojos inyectados en sangre por las diez horas que ha manejado, pero puedo ver que la estoy divirtiendo. “Me debo haber perdido esa parte.”

“Sip,” digo, comenzando a sonreír.

“Y, ¿cómo logras esa hazaña?”

“Mis Legados, acaban de iniciar y resulta que puedo congelar cosas.”

Esto es invención, todavía tengo que desarrollar mis Legados y no tengo idea de qué serán cuando lleguen.

“Esa es una buena,” dice Katarina.



# CAPÍTULO CINCO

TRADUCIDO POR CRIS

Cruzamos la frontera estadounidense hace horas, sin ningún obstáculo. Nunca he entendido cómo se las arregla Katarina para hacer tan increíbles falsificaciones. Katarina nos lleva a una polvorienta parada en la carretera, hay un pequeño motel de un solo piso, una anticuada y decrepita cafetería y una gasolinera, más nueva y reluciente que las otras dos construcciones.

Es casi el amanecer cuando bajamos de la camioneta. El más débil rosa de la salida del sol cubre el horizonte, lo suficiente para añadir un extraño matiz a nuestra piel mientras pasamos sobre la gravilla.

Katarina maldice, volviendo al auto. “Olvidé ponerle gasolina,” dice. “Espera aquí.”

La obedezco, observando cómo saca la camioneta desde el estacionamiento del motel hacia una de las bombas. Acordamos descansar en el motel por un día o dos para recuperarnos de nuestro cansancio, el viaje de quince horas y la conmoción por los eventos recientes. Pero aunque estaremos aquí algún tiempo, el tanque debe ser llenado, esa es la política de Katarina.

“Nunca dejes un tanque vacío,” dice. Creo que lo dice tanto para recordarse como para enseñarme.

Es una buena norma, nunca se sabe cuándo tendrás que salir a toda prisa.

Veo cómo Katarina se detiene en la bomba y comienza a llenar el coche.

Examino mis alrededores. A través de la ventana frontal de la cafetería, más allá del solar, puedo ver comiendo a algunos camioneros de aspecto canoso. A través del olor a cansancio y el ligero olor a gasolina de las bombas, puedo oler la comida en el aire; o tal vez sólo la estoy imaginando, estoy muy hambrienta, mi boca se hace agua de sólo pensar en desayuno.

Le doy la espalda a la cafetería, intentando no pensar en comer, y miro hacia el pueblo al otro lado del cercado de la parada. Casas que a solo un paso de ser chozas de madera. Un lugar andrajoso y desolado.





“Hola, señorita.” Sobresaltada, me volteo para ver a un vaquero alto y canoso caminando de forma arrogante. Me lleva un segundo darme cuenta de que no desea iniciar una conversación, sólo es cortés mientras pasa. Me da un saludo con su sombrero de diez galones y entra en la cafetería.

Mi ritmo cardiaco se acelera.

Había olvidado este aspecto del viaje. Cuando nos quedamos en un lugar, aun uno remoto como Puerto Blanco, logramos conocer las caras locales. Sabemos, más o menos, en quien confiar. Nunca he visto un mogadoriano en mi vida, pero Katarina dice que la mayoría de los mogadorianos se ven como el resto de la gente normal. Luego de lo que sucedió con Uno y Dos siento un profundo malestar a mi alrededor, una nueva alerta. Una parada en el camino es especialmente problemática, ya que todos son desconocidos para todos, así que nadie le levanta una ceja a nadie. Para nosotras, eso significa que cualquiera podría ser una amenaza.

Katarina ha estacionado el coche y se acerca a mí con una sonrisa cansada.

“¿Comer o dormir?” pregunta. Antes de que pueda responder, levanta su mano, esperanzada. “Yo voto por dormir.”

“Yo voto por comer.” Katarina se desanima. “*Sabes* que comer le gana a dormir,” le digo. “Siempre es así.” Es una de nuestras reglas del viaje, y Katarina acepta rápidamente el veredicto.

“Está bien, Maren Elizabeth,” dice. “Vamos.”



# CAPÍTULO SEIS

TRADUCIDO POR CRIS

La cafetería está húmeda y grasienta. Apenas son las 6 a.m. pero casi todos los asientos están ocupados, la mayoría por camioneros. Mientras espero nuestra comida, veo a estos hombres llevarse a la boca su desayuno de carne: salchichas, tocino, puré de cerdo. Cuando mi comida finalmente llega, no me puedo aguantar. Tres panqueques, cuatro tiras de tocino, un sofrito de carne, una bebida grande.

Termino con un grosero eructo que Katarina está muy cansada para regañar.

“¿Crees que...?” pregunto.

Katarina se ríe, anticipando mi pregunta. “¿Cómo es posible?”

Me encojo de hombros, ella asiente y llama a la mesera. Con una sonrisa culpable, ordeno otra ración de panqueques.

“Bueno,” dice la mesera, con una risotada seca de fumadora, “tu pequeña seguro que puede acabar con ella.” La mesera es una señora mayor, con un rostro tan arrugado y demacrado que podrías confundirla con un hombre.

“Sí, señora,” digo. La mesera se aleja.

“Tu apetito nunca dejará de sorprenderme,” dice Katarina, pero ella sabe la razón de éste. Entreno constantemente, y aunque solo tengo trece años, ya tengo el cuerpo apretado y musculado de una gimnasta. Necesito mucha energía, y no me avergüenzo de mi apetito.

Otro cliente entra en la concurrida cafetería.

Me doy cuenta de que los otros hombres le dan una mirada sospechosa mientras camina hacia un asiento en el fondo. Nos miraron Katarina y a mí con similar sospecha cuando entramos. Tomé este lugar como una estación de paso, llena de extraños, pero aparentemente *algunos* extraños son dignos de sospecha y otros no. Katarina y yo estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo, vestidas con ropa americana normal de centro comercial: camisetas y shorts caqui. Puedo ver por qué llamamos la atención: aparentemente tienen una definición distinta de “normal” aquí en el lejano Oeste de Texas.



Sin embargo, este otro extraño es difícil de averiguar. Está vestido para la ocasión, más o menos: usa una de esas corbatas de Texas, con las hebras colgantes de cuero negro. Y como el resto de los hombres aquí, usa botas.

Pero sus ropas parecen fuera de época, de alguna manera, y hay algo espeluznante en su delgado bigote negro. Se ve en orden a primera vista, pero mientras más lo miro, algo en él parece *torcido*.

“Es descortés mirar fijamente.” Katarina, regañándome otra vez.

“No estaba mirando,” miento. “Estaba observando con interés.”

Katarina se ríe, se ha reído más en las últimas 24 horas que en meses. Me tomará tiempo acostumbrarme a esta nueva Katarina, no es que me moleste.

Me estiro de manera exuberante en la cama del hotel mientras Katarina se ducha en el baño. Las sábanas son baratas, de poliéster o seda artificial, pero estoy tan cansada por el viaje que también pueden ser de seda.

Cuando Katarina tiró de las sábanas, encontramos una tijereta viva bajo la almohada, lo que la asqueó, pero a mí no me importó.

“Mátala,” me pidió, cubriendo sus ojos.

Me negué. “Es sólo un insecto.”

“¡Mátala!” me rogó.

En vez de eso, lo moví fuera de la cama y salté en las frías sábanas. “Nop,” dije, obstinadamente.

“Está bien,” dijo, y se fue a la ducha. Abrió los grifos, pero salió nuevamente del baño un momento después. “Me preocupa...” comenzó.

“¿Qué te preocupa?” pregunté.

“Me preocupa no haberte entrenado bien.”

Pongo mis ojos en blanco. “¿¿Porque no puedo matar un insecto?!”

“Sí, no, quiero decir, he estado pensando en eso. Necesitas matar sin dudar. Ni siquiera te he enseñado cazar roedores, ni qué hablar de mogadorianos... nunca has matado nada.”

Katarina se detuvo, pensando, el agua aún corría detrás de ella.



Se notaba que estaba cansada, perdida en un pensamiento. A veces se pone así, si hemos estado entrenando intensamente. “Kat,” le dije. “Ve a bañarte.”

Levantó la vista, salida de su ensueño. Se rió entre dientes y cerró la puerta tras ella.

Esperando a que terminara, encendí la TV desde la cama. El inquilino anterior la había dejado en CNN y me encuentro con las imágenes desde un helicóptero del “evento” en Inglaterra. Veo lo suficiente para entender que ambos, la prensa y las autoridades inglesas, están confundidos por lo que *sucedio* ayer exactamente. Estoy demasiado cansada para pensar en esto; obtendré los detalles más tarde.

Apago la TV y me acuesto en la cama, ansiosa porque el sueño me lleve.

Katarina sale del baño un momento después, usando una bata y cepillando su cabello. La veo a través de mis ojos casi cerrados.

Alguien golpea la puerta.

Katarina deja el cepillo en la mesa.

“¿Quién es?” pregunta.

“El Gerente, señorita. Le traje unas toallas nuevas.”

Estoy tan molesta con la interrupción—quiero dormir y es muy obvio que no necesitamos toallas nuevas, ya que acabamos de pedir la habitación—que me levanto de la cama, apenas pensando.

“No las necesitamos,” digo, ya abriendo la puerta.

Apenas tengo tiempo para escuchar a Katarina decir, “No...” antes de verlo, parado enfrente de mí. El hombre del bigote torcido.

El grito se atrapa en mi garganta mientras entra en la habitación y cierra la puerta tras de él.



# CAPÍTULO SIETE

TRADUCIDO POR CRIS

Reacciono sin pensar empujándolo hacia la puerta, pero me arroja hacia atrás fácilmente, contra la cama.

Presiono mi pecho y me doy cuenta con horror de que mi colgante ha salido de debajo de mi camiseta y está a simple vista.

“Lindo collar,” gruñe él, sus ojos brillan, reconociéndolo.

Si tenía alguna duda sobre quién era yo, ya se ha ido.

Katarina lo embiste pero él la golpea fuerte. Choca contra la TV, destrozando la pantalla con el codo desnudo, y cae al suelo.

Él saca algo de su cintura, cuchillo un largo y delgado, y lo levanta tan rápidamente que ni siquiera tengo tiempo para sostenerlo. Sólo veo el brillo de su arma mientras la baja directamente hacia mi cerebro, como un clavo de riel de tren.

Mi cabeza se inunda instantáneamente con algo cálido y con luz.

*Esto es como se siente la muerte, pienso.*

Pero no, el dolor no viene.

Miro hacia arriba. *¿Cómo puedo ver?* Pienso. *Estoy muerta.* Pero sí veo, y me doy cuenta de que estoy cubierta de pies a cabeza, de sangre roja y tibia. El hombre del bigote torcido aún tiene su brazo extendido, su boca aún congelada victoriosa, pero su cráneo ha sido partido en dos por un cuchillo, y su sangre se derrama por mis rodillas.

Oigo un quejido de Katarina, es un sonido tan primitivo que no sé si es un llanto de dolor o un grito de alivio, mientras el hombre, vaciado de sangre, se convierte rápidamente en polvo, colapsando como un cúmulo de cenizas.

Antes de poder recobrar mi aliento, Katarina se levanta, quitándose la bata y poniéndose ropa, tomando nuestras maletas.

“Murió él,” digo. “No yo.”



“Sí,” responde Katarina. Se pone una blusa blanca, la cual arruina al instante con la sangre de su codo lastimado por la pantalla de la TV. Se la quita, seca la sangre de su codo con una toalla y se viste con otra camiseta.

Me siento como una niña, sin palabras, inmóvil, cubierta de sangre en el suelo.

Ese era, el momento por el cual he estado entrenando toda mi vida, y todo lo que pude hacer fue un empujón débil y fácilmente desviado, antes de ser lanzada a un lado y ser acuchillada.

“Él no sabía,” le digo.

“Él no sabía,” responde.

Lo que no sabía es que cualquier daño infligido sobre mí, fuera del orden, sería infligido sobre mi atacante. Estaba a salvo de un ataque directo, lo sabía, pero a la vez no lo sabía *de verdad*. Cuando me acuchilló en la cabeza, pensé estaba muerta. Tuve que verlo para creerlo.

Alzo la mano y toco mi cuero cabelludo. La piel está intacta, ni siquiera está húmeda...

Ahí está la prueba. Estamos protegidos por el hechizo, mientras estemos alejados unos de otros, solo podemos ser asesinados en el orden de nuestro número.

Me doy cuenta de que ahora su sangre se ha convertido en polvo, al igual que su cuerpo y ya no estoy empapada con ella.

“Debemos irnos.” Katarina ha puesto mi Cofre en mis brazos, su cara frente la mía. Me doy cuenta de que me distanciado, tambaleándome de la conmoción de lo que acaba de pasar. Puedo asegurar, por la forma en que lo dice, que es la tercera o cuarta vez que lo repite, aunque sólo estoy escuchándola.

“Ahora,” me dice.

Katarina me toma de la muñeca, su maleta está colgando de su hombro. El asfalto caliente del estacionamiento quema las plantas de mis pies sin zapatos cuando nos precipitamos afuera hacia la camioneta. Llevo mi Cofre, el que se siente pesado en mis brazos.

He estado preparándome para pelear mi vida entera, y ahora que el momento ha llegado, sólo quiero dormir. Mis talones se arrastran, mis brazos se sienten pesados.

“¡Más rápido!” dice Katarina, arrastrándome. La camioneta está sin seguro, me siento en el asiento del pasajero mientras Katarina lanza nuestras cosas en la parte trasera y salta al asiento del conductor. Tan pronto como cierra la puerta, veo a un hombre corriendo hacia nosotras.



Por un momento creo que es el gerente del hotel, persiguiéndonos por saltarnos la cuenta. Pero entonces reconozco al vaquero de antes, el que me dio un cortés saludo con su sombrero. No hay nada cortés en la manera que corre hacia nosotros, con su puño levantado.

Su mano rompe el cristal de la puerta del pasajero y soy rociada por los trozos de vidrio. Su puño se cierra en mi camiseta y siento que me levanto del asiento.

Katarina grita.

“¡Oye!” Una voz desde afuera.

Mi mano lucha, buscando algo, cualquier cosa que me mantenga en el asiento. Solo encuentro el cinturón de seguridad desabrochado, el que cede fácilmente mientras el mog comienza a arrastrarme a través de la ventana. Siento la mano de Katarina agarrando la parte de atrás de mi camiseta.

“¡Lo pensaría dos veces, si fuera tú!” Escucho que grita la voz de un hombre, y de pronto soy soltada, cayendo de vuelta al asiento.

Estoy sin aliento, mi cabeza da vueltas.

Fuera de la camioneta, una multitud se ha formado: camioneros y vaqueros, hombres estadounidenses normales. Han rodeado al mogadoriano. Uno de ellos tiene una escopeta levantada, apuntándolo. Con una sonrisa torcida y amarga, el mogadoriano levanta sus manos, rindiéndose.

“Las llaves,” Katarina entra en pánico, al borde de las lágrimas. “Las dejé en la habitación.”

No pienso, sólo me muevo. No sé por cuánto tiempo el mogadoriano será contenido por el grupo protector, nuestros salvadores, pero no me importa; corro hacia la habitación, tomo las llaves de la mesa de noche, y me dirijo de vuelta al calor del estacionamiento.

El mogadoriano está arrodillado en el suelo ahora, rodeado por hombres furiosos.

“Llamamos a la policía, señorita,” dice uno de ellos. Asiento, mis ojos con lágrimas. Estoy demasiado emocionada incluso para decir gracias. Es extraño e increíble considerar que ninguno de esos hombres nos conocía, pero vinieron en nuestra ayuda, aunque aterrada, ya que ellos no comprenden el verdadero poder de este mog, que si no hubiera sido instruido a mantener un perfil bajo, ya los hubiera despellejado a cada uno.

Me meto en el auto y le doy las llaves a Katarina. Momentos después, nos vamos del lugar.

Me doy vuelta por última vez y cruzo la mirada con el mog, sus ojos rebosan con odio reptiliano y guiña un ojo mientras nos alejamos.



# CAPÍTULO OCHO

TRADUCIDO POR CRIS

Katarina estaba equivocada, he matado antes. Hace años, en Nueva Escocia.

Era casi invierno y Katarina me había librado de los estudios para ir a jugar en nuestro patio nevado. Fui al patio como un demonio, corriendo en círculos en la nieve con mis holgadas ropas, saltando los bancos de nieve y lanzando bolas de nieve al sol.

Odiaba mi incómoda chaqueta y mis pantalones a prueba de agua, así que una vez que estuve segura de que Katarina se había alejado de la ventana me deshice de ellos, desnudándome, quedando sólo con jeans y mi camiseta. Estaba bajo cero afuera, pero siempre he sido resistente al frío. Continué jugando y corriendo cuando Clifford, el San Bernardo de los vecinos, vino saltando para jugar conmigo.

Era un perro grande y yo era pequeña en ese entonces, incluso para mi edad. Así que pude montarme sobre él, agarrándome de la tibia piel de sus costados. “¡Arre!” grité, y él se movió. Lo monté como un poni, corriendo vueltas alrededor del patio.

Katarina me había contado hace poco mi historia, y mi futuro. No era lo suficientemente madura para entenderlo completamente, pero sabía que debía ser una guerrera. Lo que encajaba conmigo, porque siempre me había sentido como una heroína, una campeona. Tomé este paseo con Clifford como otra práctica. Me imaginé persiguiendo enemigos sin rostro en la nieve, cazándolos y eliminándolos.

Clifford me había llevado al límite del bosque cuando se detuvo y comenzó a gruñir. Miré y vi un conejo de invierno café claro, precipitándose entre los árboles. Segundos después, estaba de espaldas, lanzada por Clifford.

Me puse de pie y perseguí a Clifford por el bosque. Mi persecución imaginaria se había vuelto bastante real, mientras Clifford corría detrás del conejo y yo lo seguía a él.

Estaba delirante, sin aliento, feliz. O lo estaba, hasta que la persecución terminó.

Clifford atrapó al conejo en sus mandíbulas y dio marcha atrás, de vuelta al patio de su dueño. Estaba consternada tanto por el final de la persecución como por el probable final de la vida del conejo. Regañé a Clifford, intentando ordenarle que soltara al conejo.





“Perro malo,” le dije. “Muy, muy malo.”

Estaba muy contento con su logro como para ponerme atención. De vuelta en su patio, felizmente apretaba y destrozaba la húmeda piel del conejo. Tuve que forcejear con él para que dejara el cuerpo del conejo, e incluso entonces me mordió.

Le silbé a Clifford, y a regañadientes se fue a caminar por la nieve. Miré al conejo, enmarañado y sangriento.

Pero no estaba muerto.

Toda mi severidad salió mientras levantaba a la liviana y peluda criatura hasta mi pecho. Sentí su pequeño corazón latiendo furiosamente, al borde de la muerte. Sus ojos estaban vidriosos, sin comprender.

Sabía lo que le sucedería. Sus heridas no eran profundas, pero moriría por el shock. No estaba muerto ahora, pero estaba más allá de la vida. La única cosa que esta criatura debía buscar era la parálisis por su propio miedo y la muerte lenta y fría.

Miré a la ventana, Katarina no estaba a la vista. Miré al conejo, sabiendo al instante qué cosa debía hacer.

*Eres una guerrera*, había dicho Katarina.

“Soy una guerrera.” Mis palabras se congelaron en el aire ante mi rostro. Tomé el suave cuello de la criatura con ambas manos y le di un buen y fuerte giro.

Enterré el cuerpo de la criatura bajo la nieve, donde ni siquiera Clifford pudiera encontrarlo.

Katarina se equivocó; si he matado antes, por compasión.

Pero no todavía por venganza.



# CAPÍTULO NUEVE

TRADUCIDO POR CRIS

Katarina saca la camioneta del sucio camino y logramos salir. Ha sido un día de conducción recta y ahora son las tres de la mañana. Estamos en Arkansas, en el Parque Estatal del Lago Ouachita. La entrada al parque estaba cerrada, así que Katarina se abrió paso por una barrera encadenada y coló dentro la camioneta, fuera del camino en la oscuridad del bosque hasta que llegamos al camino principal del campamento.

Hemos estado aquí antes, aunque no lo recuerde, Katarina dice que acampamos aquí cuando era mucho más pequeña, y que pensó que sería un buen lugar para enterrar mi Cofre, si alguna vez necesitaba hacerlo.

Al parecer, era el momento.

Fuera de la camioneta puedo oír el lago golpeando débilmente la orilla. Katarina y yo caminamos a través de los árboles, siguiendo su sonido. Llevo el Cofre en mis brazos, hemos decidido que es muy pesado y muy peligroso para quedárnoslo, Katarina dice que no debe caer en las manos de los Mogadorianos.

A este punto no la presiono, aunque hay algo oscuro en este asunto que me perturba. Si Katarina dice que hemos llegado al punto de tener que enterrar el Cofre para mantenerlo a salvo, entonces debe pensar que nos capturarán pronto. Tal vez es inevitable.

Tiemblo en el frío de la noche, mientras intento alejar a los mosquitos, hay más mientras nos acercamos al borde del agua.

Finalmente llegamos a la orilla. En medio del lago, veo una pequeña isla verde, y conozco a Katarina lo suficientemente bien para saber lo que está pensando.

“Yo lo haré,” dice, pero apenas puede decir las palabras; está cansada, al borde del colapso, no ha dormido en días. Yo apenas lo he hecho, sólo unos minutos aquí y allá en la camioneta, pero eso es más de lo que ha dormido Katarina, y sé que necesita descansar.

“Acuéstate,” le digo. “Yo lo haré.”



Katarina protesta débilmente, pero un poco después está acostada en el suelo junto a la orilla. “Descansa,” digo. Tomo la manta que traje para usar como toalla, y en vez de eso la utilizo para cubrirla, para ocultarla de los mosquitos.

Me quito la ropa, tomo el Cofre firmemente y camino hacia el agua. Está fría al principio, pero una vez que me sumerjo la siento lo suficientemente cálida. Comienzo un extraño chapoteo de perrito, usando un brazo para moverme por el agua y el otro para agarrar el Cofre.

Nunca antes había nadado de noche, y me tomó toda la voluntad no imaginar manos tomándome las piernas desde las mohosas profundidades y arrastrándome hacia abajo, me mantuve concentrada en mi objetivo.

Llego a la isla después de lo que se sintió como una hora, pero es más probable que hayan sido diez minutos. Salgo del agua, temblando mientras el aire golpea mi piel desnuda, y camino de forma torpe sobre las piedras, mojando la orilla. Camino hacia el centro de la pequeña isla. Es casi redonda, y probablemente menos que un acre, así que no me toma mucho tiempo llegar.

Cavo un agujero de noventa centímetros de profundidad, lo que me toma considerablemente más tiempo que el nadar. Cuando termino, mis manos están sangrando por arañar el duro suelo, escociendo más y más con cada excavada a mano desnuda por el suelo.

Pongo el Cofre en el agujero. Me niego a dejarlo ir, aunque nunca he visto su contenido, ni siquiera lo he abierto. Considero el decir una plegaria por él, la fuente de tanto potencial y promesas.

Decido no dar la plegaria; en vez de eso, sólo pateo tierra en el agujero hasta que está cubierto, y emparejo el montículo.

Sé que tal vez nunca más vea mi Cofre.

Regreso al agua y nado de vuelta hacia Katarina.



# CAPÍTULO DIEZ

TRADUCIDO POR CRIS

Ha pasado una semana desde que llegamos al norte del estado de Nueva York. Estamos en un pequeño motel adyacente a un huerto de manzanas y una cancha de fútbol de vecindario. Katarina ha estado planeando nuestro siguiente movimiento.

No ha habido anuncios sospechosos en las noticias o internet, esto nos da algo de esperanza para el futuro de Lorien, y también de que la pista que los mogadorianos tenían sobre nosotras se haya enfriado.

Es tonto, pero me siento lista para pelear. Puede que no lo haya estado antes en el hotel, pero lo estoy ahora, no me importa si no tengo mis Legados. Es mejor pelear que correr.

“No lo dices en serio,” me dice. “Debemos ser prudentes.”

Entonces esperamos. El corazón de Katarina ha estado sin entrenamiento, pero aun así, intentamos todo lo que podemos: flexiones y boxeo en la habitación durante el día, ejercicios más elaborados en las oscuras esquinas de la cancha de fútbol en la noche.

Durante el día tengo permitido caminar por los huertos, oliendo la dulce podredumbre de las manzanas caídas. Katarina me dijo que no jugara en la cancha de fútbol durante el día, o hablarle a los niños que practican en él, quiere continuar manteniendo un bajo perfil.

Pero puedo ver la cancha desde detrás de un árbol en el borde del huerto. Hoy es sólo de chicas; todas llevan camisetas púrpura y shorts de un blanco brillante. Tienen mi edad. Desde la sombra del manzano me pregunto cómo será entregarme a algo tan ligero e inconsecuente como el fútbol. Me imagino que seré buena, me encanta lo físico, soy fuerte y rápida. No, sería increíblemente buena.

Pero no es para mí el jugar juegos sin valor.

Siento la envidia arrastrarse por mi garganta, como bilis. Es una nueva sensación para mí. Usualmente me resigno a mi destino, pero algo sobre esta vez en la carretera, el cercano error con los mogadorianos, me ha abierto a odiar a esas niñas con vidas sus fáciles.

Pero me lo trago. Necesito salvar mi ojeriza por los mogs.



Esa noche nos permitimos ver un poco de TV antes de dormir, es un lujo que Katarina normalmente me niega, ya que piensa que pudre mi cerebro y atonta mis sentidos; pero hasta Katarina se suaviza algunas veces.

Me acurruco al lado de Katarina en la cama grande. Ha cambiado la TV a una película acerca de una mujer que vive en Nueva York y se queja de lo difícil que es encontrar un hombre bueno. Mi atención se va rápidamente desde la pantalla a la cara de Katarina, que se ha suavizado con la atención de la trama de la película, ha sucumbido ante ella.

Me atrapa mirándola y se pone roja en un instante. “Puedo ser sensiblera a veces.” Se gira hacia la pantalla. “No puedo evitarlo, es guapo.”

Miro de vuelta a la TV. La mujer ahora le grita al hombre guapo lo “cerdo sexista” que es. He visto muy pocas películas en mi vida, pero puedo adivinar cómo termina. El hombre es guapo, supongo, pero no estoy estupefacta como Katarina.

“¿Alguna vez has tenido un novio?” le pregunto.

Ella ríe. “En Lorien, sí. Estaba casada.”

Mi corazón se detiene, y me ruborizo por mi ensimismamiento. ¿Cómo nunca le pregunté esto antes? ¿Cómo nunca supe que tenía un marido, una familia? Dudo antes de preguntarle algo más, porque solo puedo asumir que su marido murió en la invasión mogadoriana.

Mi corazón se rompe por mi Katarina.

Cambio el tema. “¿Pero desde que estamos en la Tierra?”

Ella ríe de nuevo. “Has estado conmigo todo el tiempo. ¡Creo que hubieras sabido!”

Yo también río, aunque mi regocijo está mezclado con tristeza. Katarina no podría haber tenido un novio, aunque quisiera, y todo es por mí, porque está muy ocupada protegiéndome.

Ella levanta una ceja. “¿Por qué tantas preguntas de pronto? ¿Estás enamorada? ¿Has visto chicos lindos en la cancha de fútbol?” Me alcanza y me pellizca, haciéndome cosquillas. Me retuerzo, riendo.

“No,” le digo, y es la verdad. Los chicos practican algunos días y los veo, pero usualmente para medir su atletismo y reflejos y compararlos con los míos. No creo que me pudiera *gustar* ninguno de ellos, no creo que pudiera amar a alguien que no está atrapado en este lío conmigo. Nunca podría respetar a alguien que no ha sido parte de la guerra contra los mogadorianos, para salvar Lorien.



De vuelta en la TV, la mujer está parada bajo la lluvia, lágrimas corren por su rostro, le dice al hombre guapo que ha cambiado de opinión, que el amor es lo que importa después de todo.

“¿Katarina?” pregunto. Ella se gira hacia mi, ni siquiera debo decirlo en voz alta; me conoce bien.

Cambia de canal hasta que encontramos una película de acción, la vemos juntas hasta que nos quedamos dormidas.



# CAPÍTULO

## ONCE

TRADUCIDO POR PAMEE

El día siguiente después de los entrenamientos y los estudios vuelvo a la huerta. Es un día cálido y esquivo la sombra de un árbol a otro mientras paseo. Camino sobre manzanas blandas, dulces y apestosas, sintiendo los pegotes bajo mis pies. A pesar del calor del sol, hoy el aire es fresco y agradable, no demasiado caliente ni frío. Me siento extrañamente feliz y esperanzada mientras paseo alrededor.

Hoy Katarina nos está reservando boletos de avión para Australia, cree que será tan buen escondite como cualquier lugar. Ya estoy emocionada por el viaje. Giro, lista para caminar de vuelta al motel, cuando una pelota de fútbol viene rodando por delante de mí, deslizándose sobre las manzanas reventadas. Sin pensar salto hacia adelante y salto sobre ella con un pie, parándola en seco.

“¿La vas a devolver o qué?” sorprendida, giro alrededor. Una linda chica con una cola de caballo castaño mira hacia mí desde el borde de la huerta. Está vestida con ropa de fútbol y su boca está abierta, haciendo chasquear goma de mascar.

Me bajo de la pelota, giro alrededor de ella, y le doy una patada rápida, directo hacia la niña. Uso más fuerza de la que debería, cuando ella la agarra con sus manos, la fuerza del impacto casi la hace caer.

“¡Tranquila!” grita.

“Lo siento,” digo, inmediatamente avergonzada.

“Aunque, buena patada,” dice la chica, evaluándome. “Una patada muy buena.”

Momentos después estoy en la cancha. Al equipo de las chicas les faltaba una jugadora para el partido de práctica y la chica de la goma de mascar, Tyra, de alguna forma había convencido a la entrenadora para que me dejara jugar.

No conozco las reglas del fútbol pero las capto muy pronto. Le debo eso a Katarina, el mantener mi cerebro lo suficientemente afilado para procesar las reglas rápidamente.

La entrenadora, una señora severa y rechoncha con un silbato en su boca, me pone como defensa y rápidamente me establezco como una fuerza. Las chicas en mi equipo captan rápido y muy pronto que están levantando una pared, forzando a las del otro equipo a correr hacia adelante por delante de mí en el lado derecho de la cancha. Ninguna de ellas consigue pasar sin perder su dominio de la pelota.



Antes de saberlo, estoy cubierta de sudor, briznas de hierba se pegan a mis pantorrillas con el sudor; afortunadamente, uso medias altas hoy día, así que nadie puede ver mis cicatrices. Estoy mareada y feliz por el sol y el apoyo de mis compañeras de equipo.

Hay una del equipo contrario a mi izquierda. Tyra se apoderó de la pelota de una oponente atacando antes de ser perseguida por otra miembro del grupo contrario. Soy la única jugadora libre y se las arregla para patear la pelota directo hacia mí.

De repente, el equipo contrario casi al completo me persigue. Mis compañeras de equipo las persiguen a ellas, intentando mantenerlas lejos de mí mientras hago una carrera loca con la pelota hacia la portería. Puedo ver a la arquera endurecerse, lista para mi acercamiento. Mis oponentes se liberan de mis compañeras de equipo que los bloqueaban. Incluso aunque todavía estoy casi a media cancha de distancia del arco, sé que es mi única oportunidad.

Pateo.

La pelota se balancea en un arco largo y curvo, impulsada como un jet. Actué muy rápido, muy irreflexivamente, y la he dirigido directamente a la posición de la arquera, estoy segura de que la atrapará.

Lo hace, pero he pateado la pelota con tal fuerza que la levanta y la pelota sale de sus manos, girando contra la red tras ella.

Mis compañeras de equipo aplauden. Nuestras oponentes se unen; esto era solo un partido de práctica, así que pueden reconocer mis habilidades sin sacrificar mucho orgullo. Tyra me da una palmadita en el hombro. Puedo decir que está emocionada por haber sido la que me convenció para salir de la huerta. La entrenadora me hace a un lado y me pregunta a qué escuela voy, claramente me quiere para su equipo.

“No soy de aquí,” murmuro. “Lo siento.” Ella se encoge de hombros y me felicita por mi juego.

Sonrío y me alejo de la cancha. Puedo decir que las chicas están deseosas de mi amistad, de pie en un grupo y observando marcharme. Imagino una vida diferente para mi misma, una vida como la de ellas. Tiene su encanto, pero sé que mi lugar está al lado de Katarina.

Camino de vuelta al motel, haciendo mi mejor esfuerzo para quitar la sonrisa de la victoria de mi rostro. Siento un impulso infantil de chismorrear del juego con Katarina, incluso aunque ella me dijo que no jugara. A pesar de mi misma, me encuentro corriendo de vuelta a la habitación, lista para comenzar a jactarme.

La puerta está sin seguro y la abro, todavía sonriendo como una idiota. La sonrisa no dura mucho tiempo.





Hay diez en la habitación... mogadorianos. Katarina está atada a la silla del escritorio del motel, su boca amordazada y su frente ensangrentada, sus ojos se llenan con lágrimas al verme.

Me giro para correr, pero luego los veo. Más hombres, algunos en coches, algunos solo de pie ahí, en todo el estacionamiento. Debe haber treinta mogadorianos en total.

Hemos sido atrapadas.



# CAPÍTULO DOCE

TRADUCIDO POR NERU

Mis manos están esposadas y mis piernas atadas con cuerda. Las de Katarina también, aunque no pueda verla. Los mogadorianos nos arrojaron en la parte trasera de un gran camión de remolque, atadas juntas, así que la única prueba que tengo de Katarina es el lugar donde se juntan nuestras columnas.

El camión de carga va muy rápido y sé que estamos en la carretera, yendo rápido hacia algún lugar.

Katarina todavía está amordazada, pero ellos no se molestaron en amordazarme. O sintieron que me quedaría tranquila para proteger a Katarina, o pensaron que el ruido de la carretera se tragaría cualquier sonido que yo hiciera.

No tengo ninguna idea de dónde estamos siendo llevadas o qué es lo que planean hacernos los mogadorianos cuando llegemos allí. Asumo lo peor, pero aún así le susurro cosas suaves y relajantes a Katarina en la oscuridad del camión. Sé que ella estaría haciendo lo mismo por mí si pudiera.

“Todo estará bien,” digo. “Estaremos bien.”

Sé que no lo estaremos, sé con enferma certeza que este viaje terminará con nuestras muertes.

Katarina presiona su espalda contra la mía, en un gesto de amor y ánimo. Con las manos atadas y la boca amordazada, es el único modo en que ella puede comunicarse conmigo.

Está oscuro en el camión, a excepción de una pequeña franja de luz que brilla a través de un agujero en el techo de aluminio del camión, la luz del sol gotea a través de la grieta. Sentadas en el frío y oscuro camión, es extraño pensar que es de día afuera, un día normal.

Estoy adolorida por todas partes, adolorida para sentarme y muy incómoda para dormir. En mi agotado delirio, tengo el ridículo pensamiento de que me debería haber quedado con las chicas en la cancha de fútbol. Por lo menos lo suficiente para tener una de las Gatorade que la entrenadora me ofreció.

Algo murmura al interior del camión. Un gruñido bajo y gutural.



Hay una jaula, puesta contra la parte delantera del camión; apenas puedo distinguir las barras de acero en la oscuridad.

“¿Qué es eso?” Pregunto. Katarina balbucea a través de su mordaza, y me siento mal por preguntarle algo que posiblemente no puede responder.

Mi inclino hacia delante, tanto como puedo, trayendo a Katarina conmigo. Puedo escuchar las protestas de Katarina por debajo de la mordaza, pero la curiosidad me empuja hacia delante. Me estiro hacia la oscuridad, acercando mi cara tanto como puedo a las barras de acero.

Otro gruñido en la oscuridad.

¿Otro cautivo? Me pregunto. ¿Algún tipo de bestia?

Mi corazón se llena de compasión.

“¿Hola?” Le hablo al vacío. La persona o criatura hace bajos gemidos de angustia. “¿Estás bien?”

Mandíbulas muerden con repentina fuerza contra las barras de la jaula, ojos del tamaño de puños parpadean rojos en la oscuridad. La respiración de la bestia arroja mi cabello hacia atrás. Me alejo con terror y asco, el olor tan repugnante casi me hace vomitar.

Trato de alejarme, pero la gran bestia, insatisfecha, mantiene su cabeza presionada en las barras, sus ojos fijos en mí. Sé que si no fuera por la barras, yo ya estaría muerta.

Este no es un cautivo, no es un aliado caído; este es un piken. Katarina me contó sobre estas bestias antes, cómplices salvajes y cazadores de los mogadorianos, pero los había tomado como cuentos de hadas.

Katarina me ayuda a volver hacia atrás, dándome más espacio para alejarme de la bestia. Mientras más me alejo, también lo hace el piken, desapareciendo en la oscuridad de su jaula.

Sé que estoy a salvo por el momento, pero también sé que este animal, esta sucia y terrible criatura, puede ser lanzada en mi contra en los próximos días o semanas. Mi estómago se llena con miedo y rabia impotente, no sé si vomitar, desmayarme o ambos.

Apoyo mi húmeda cabeza contra la de Katarina, deseando que se vaya esta pesadilla.

Caigo en un agitado semi-sueño, despertando sólo por la voz de Katarina.

“Seis, despierta. Seis.”



Me levanto.

“¿Tu mordaza?” Pregunto.

“La solté, me tomó todo este tiempo.”

“Oh,” digo estúpidamente. No sé qué más decir, qué bien nos hace hablar. Estamos atrapadas, sin defensa.

“Pusieron micrófonos en el coche, en Texas; así fue cómo nos encontraron.”

*Que estúpidas nosotras, pienso. Que descuidadas.*

“Era mi trabajo pensar en eso,” dice ella, como si leyera mis pensamientos. “No importa eso. Necesito que te prepares para lo que viene.”

*¿Qué viene? Pienso. ¿La muerte?*

“Te torturarán por información. Ellos...” Escucho a Katarina sucumbir al llanto, pero se recompone y continúa. “Te infligirán impensables tormentos, pero debes soportarlos.”

“Lo haré,” digo, tan firme como puedo.

“Me usarán para doblegarte, no puedes dejarlos... sin importar qué...”

Mi corazón se congela en mi pecho. Matarán a Katarina en frente de mí si piensan que eso me hará hablar.

“Prométeme, Seis. Por favor... ellos no pueden saber tu número, no podemos darles más poder del que ya tienen sobre los otros o poder sobre ti. Cuanto menos sepan sobre el hechizo, mejor. Promételo, tienes que hacerlo.”

Imaginando los horrores que vienen, no puedo. Sé que mi promesa es todo lo que Katarina quiere escuchar, pero no puedo.



# CAPÍTULO TRECE

TRADUCIDO POR PAMEE

He estado en mi celda por tres días, no tengo nada aquí conmigo, excepto un cubo de agua, otro cubo para usar como baño y una vacía bandeja de metal de la comida de ayer. No queda ni un gramo de comida en la bandeja: la lamí ayer.

Cuando desperté en mi celda hace tres días, mi intención había sido montar una huelga de hambre contra mis captores, rechazar toda comida y agua hasta que me dejaran ver a Katarina. Pero de todas formas pasaron dos días sin comida o agua de parte de ellos; había comenzado a imaginar que había sido olvidada en mi celda. Para cuando la comida llegó, estaba tan enloquecida con desesperación que olvidé mi plan original y engullí las gachas que habían empujado a través de la pequeña ranura de la puerta de mi celda.

Lo curioso es que ni siquiera estaba particularmente hambrienta. Mi ánimo estaba bajo, pero no me sentía débil por el hambre. Mi colgante latía sordamente contra mi pecho durante mis días en la oscuridad, y comencé a sospechar que el hechizo me mantenía a salvo del hambre y la deshidratación. Pero incluso aunque no estaba muriendo de hambre, o de deshidratación, nunca había estado tanto tiempo sin comida o agua en mi vida, y la experiencia de ser privada me llevó a un tipo de locura temporal. No estaba hambrienta o sedienta físicamente, pero sí mentalmente.

Las paredes están hechas de piedra áspera y pesada. Se siente menos como una celda de prisión y más como una madriguera improvisada. Parece haber sido tallada de una formación de piedra natural en vez de haber sido construida. Tomo esto como una pista de que estamos en alguna estructura natural, una cueva, o el interior de una montaña.

Sé que puede que nunca encuentre la respuesta.

Intenté mellar las paredes de mi celda, pero incluso yo sé que no hay nada que pueda hacer. En mis intentos, todo lo que logré fue desgastar mis uñas hasta que las puntas de mis dedos sangraron. Lo único que queda ahora es sentarme en mi celda y tratar de aferrarme a la cordura.

Esa es mi única misión: no permitir que mi confinamiento solitario me lleve a la locura. Puedo permitirle endurecerme, puedo permitirle fortalecerme, pero no puedo permitirle enloquecerme. Es un reto extraño, permanecer cuerda. Si te concentras muy fuerte en



mantener tu cordura, el riesgo de la tarea solo puede enloquecerte más. Por otro lado, si olvidas tu misión, si tratas de mantener tu cordura al no pensar en eso en absoluto, puedes encontrar a tu mente vagando por unos patrones tan vertiginosos que terminas, de nuevo, en la locura. El truco es forjar un terreno neutral entre los dos, una separación, un estado de neutralidad.

Me concentro en mi respiración. *Adentro, afuera. Adentro, afuera.*

Cuando no estoy haciendo elongaciones o flexiones en la esquina, esto es lo que hago: solo respirar. *Adentro, afuera. Adentro, fuera.*

Katarina llama a esto meditación, solía alentarme a hacer meditación para mantenerme concentrada, sintió que me ayudaría en combate. Nunca seguí su consejo, parecía muy aburrido; pero ahora que estoy en mi celda, me parece que es una cuerda de salvamento, la mejor forma de conservar mi cordura.

Estoy meditando cuando la puerta de mi celda se abre. Giro, mis ojos se esfuerzan por ajustarse a la luz llegando del pasillo. Un mog está de pie en la luz, respaldado por varios otros.

Veo que está sosteniendo un cubo, y por un segundo imagino que me ha traído agua fresca para que beba. En cambio, da un paso hacia adelante y vacía el cubo sobre mi cabeza, mojándome con agua fría. Es un cruel ultraje, y tiemblo por el frío, pero también es vigorizante, restaurativo; me trae de vuelta a la vida, de vuelta a mi odio puro por estos bastardos mogs. Él me levanta, goteando, y ata una venda alrededor de mi cabeza. Me deja caer de nuevo y lucho por mantenerme en pie.

“Ven,” dice, empujándome fuera de mi celda hacia el pasillo.

La venda es gruesa, así que estoy caminando en total oscuridad, pero mis sentidos están afilados y me las arreglo para caminar casi en línea recta. También puedo sentir otros mogs a mí alrededor.

A medida que camino, mis pies se enfrían contra el áspero suelo de piedra, oigo los variados gritos y gemidos de mis compañeros prisioneros. Algunos son humanos, algunos son animales; deben estar encerrados en celdas como la mía. No tengo idea de quienes son o qué quieren de ellos los mogs, pero estoy demasiado concentrada en mi supervivencia ahora mismo, como para preocuparme; soy sorda a la compasión.



Después de una larga caminata, el mog liderando a la guardia dice: “¡Derecha!” y me empuja a la derecha. Me empuja *fuerte*, y aterrizo de rodillas, pelándomelas contra la piedra.

Lucho por ponerme de pie, pero soy recogida antes de que pueda. Dos mogs me tiran contra una pared, mis manos son levantadas y encadenadas a un cordón de acero colgando del techo. Mi torso es estirado, los dedos de mis pies apenas tocan el suelo.

Me quitan la venda. Estoy en otra celda; esta es iluminada, brillante y mis ojos se sienten como que se quemarán al ajustarse de tres días de casi total oscuridad. Una vez que lo hacen, la veo.

Katarina.

Está encadenada al techo, como yo. Parece mucho peor que yo: ensangrentada, moreteada y golpeada. Comenzaron con ella.

“Katarina,” susurro. “¿Estás bien...?”

Ella levanta la mirada hacia mí, sus ojos rebosantes de lágrimas.

“No me mires,” dice, bajando la vista al suelo.

Un nuevo mog entra en la habitación. Está usando, entre todas las cosas, una blanca camisa polo y unos arrugados pantalones de color caqui. Su cabello es corto. Sus zapatos (mocasines), se arrastran silenciosamente por el suelo. Podría ser un papá de los suburbios, o el gerente de una tienda de barrio.

“Hola,” dice. Me sonrío, tiene las manos en los bolsillos. Sus dientes son blancos como en un comercial de dentífrico. “Espero que hasta ahora estén disfrutando su estadía con nosotros.” Noto el vello erizado en sus brazos. Es apuesto, en una forma suave, con una constitución compacta pero de aspecto fuerte. “Estas cuevas tienen unas corrientes de aire horribles, pero intentamos hacerlas tan acogedoras como sea posible. ¿Confío que tengan dos cubos en su celda? No querría que estuvieran sin ninguno.”

Su mano se extiende tan casualmente que por un segundo creo que va a acariciar mi mejilla; en cambio, la pellizca fuerte, girando la carne.

“Son nuestras invitadas de honor, después de todo,” dice, el veneno al fin arrastrándose en su voz de vendedor. Me odio a mi misma por hacerlo, pero comienzo a llorar. Mis piernas



se rinden por completo, y cuelgo agotada contra mis cadenas. Sin embargo, no me permito sollozar audiblemente: puede verme llorar, pero no le dejaré oírlo.

“Bien, damas,” dice, aplaudiendo y aproximándose a un pequeño escritorio metido en la esquina de la celda. Abre un cajón y saca un estuche de vinilo, el cual desenvuelve en la superficie del escritorio. El techo destella con una gran variedad de afilados objetos de acero. Él los levanta, uno por uno, así puedo verlos todos: escalpelos, navajas, alicates, cuchillos de todo tipo, un taladro eléctrico tamaño bolsillo; los hace sonar de forma destrozadora nervios antes de bajarlos. Da unos pasos hacia mí, poniendo su rostro frente al mío. Él habla, y su aliento fuerza su camino hasta las ventanas de mi nariz, quiero vomitar.

“¿Ves todos estos?”

No respondo. Su aliento huele como el aliento de la bestia en la jaula. A pesar de su exterior blando, está hecho de la misma cosa asquerosa.

“Tengo intención de usar todos y cada uno de ellos contigo y tu cêpan, a menos que respondas honestamente cada pregunta que hago. Si no lo haces, aseguro que las dos desearán estar muertas.”

Da una sonrisita odiosa y camina de vuelta al escritorio, escogiendo una navaja de aspecto fino con un grueso mango de goma. Él vuelve hacia mí, frotando el lado romo de la hoja contra mi mejilla. Está fría.

“He estado cazándolos, chicos, por mucho tiempo,” dice. “Hemos matado dos de ustedes, y ahora tenemos a una justo aquí, cualquiera sea tu número. Como puedes imaginar, espero que seas Número Tres.”

Intento alejarme de él, presionando mi espalda contra la pared de la celda, deseando poder desaparecer dentro de la roca. Él me sonrío, presionando de nuevo el lado de la navaja en mi mejilla, más fuerte esta vez.

“Ups,” dice, burlonamente. “Ese no es el lado correcto.”

Con un solo movimiento diestro, voltea la hoja en su muñeca, ahora el lado afilado enfrentándome.

“Intentemos de esta forma, vamos.”

Con placer reptiliano, trae la hoja al lado de mi cara y golpea fuertemente contra mi carne. Siento un calor familiar, pero no dolor, y observo en shock como su propia mejilla





comienza a sangrar. La sangre fluye de su herida cuando se divide como una costura. Él deja caer el cuchillo, agarrando su cara, y comienza a pisar muy fuerte a través de la habitación, adolorido y frustrado. Patea el escritorio, enviando sus instrumentos de tortura dispersándose a través de la celda, entonces huye de la habitación. Los guardias mogs que han estado de pie detrás de él, intercambian miradas indescriptibles.

Antes de siquiera tener una oportunidad de decirle algo a Katarina, los mogs avanzan, me desencadenan, y me arrastran de vuelta a mi celda.



# CAPÍTULO

## CATORCE

TRADUCIDO POR SOOILUULI

Pasan dos días. En la oscuridad de mi celda ahora tengo más que locura y aburrimiento con los que lidiar, también debo trabajar en quemar de mi mente la imagen de la ensangrentada y destrozada Katarina. Quiero recordar a Katarina como la conozco: prudente y fuerte.

Continúo con mis ejercicios de respiración. Ayudan, pero no mucho.

Eventualmente la puerta de la celda se abre, y de nuevo soy empapada con agua fría, amordazada esta vez, con los ojos vendados, y arrastrada de vuelta a la misma celda. Una vez que he estado encadenada al techo, mi venda es removida.

Katarina está justo donde la vi por última vez, tan destrozada y maltratada como antes. Sólo puedo esperar que haya sido soltada en algún punto.

El mismo mog de antes se sienta frente a nosotras, al borde del escritorio, con una venda sobre su mejilla cortada. Puedo ver que se está esforzando en ser tan amenazador como lo era antes, pero nos mira con un nuevo temor.

Lo odio, más que a nadie que alguna vez haya conocido. Si pudiera destrozarlo con mis manos desnudas lo haría; si no pudiera usar mis manos, lo rasgaría con mis dientes.

Él me ve mirándolo. Salta hacia delante de repente, rompiendo la mordaza de mi boca. Empuña la navaja con mango de goma en frente de mi cara de nuevo, girándola, dejando que la luz del techo baile a través de su filo.

“No sé qué número eres...” dice. Me encojo involuntariamente, esperando que intente y cortarme de nuevo, pero se contiene. Entonces, con sádica deliberación, cruza hacia Katarina, tirando de su pelo. Aún amordazada, ella dirige solo un gemido. “Pero tú vas a decirme ahora mismo.”

“¡No!” Grito. Sonríe con satisfacción ante mi angustia, como si hubiera estado esperando por ella. Él presiona la hoja sobre el brazo de Katarina y la desliza por su carne. Su brazo se abre, manando sangre. Ella se tuerce contra sus cadenas, las lágrimas inundando su cara. Intento gritar pero mi voz falla: todo lo que sale es un jadeo alto y afligido.

Él hace otro corte al lado del primero, éste incluso más profundo. Katarina sucumbe ante el

dolor y se vuelve lacia.

*Con mis dientes, pienso.*

“Puedo hacer esto todo el día,” dice. “¿Me entiendes? Vas a decirme todo lo que quiero saber, comenzando con el número que eres.”

Cierro mis ojos. Mi corazón arde. Me siento como un volcán, sólo que no hay apertura, no hay salida a la furia llenándose dentro de mí.

Cuando abro mis ojos él está de vuelta en el escritorio, pasando la hoja desde su mano izquierda a su mano derecha y de regreso. Juguetonamente, esperando mi mirada. Ahora que lo ha conseguido, sostiene la hoja en alto para que pueda ver su tamaño.

Comienza a brillar en sus manos, cambiando de colores: violeta un segundo, verde al siguiente.

“Ahora... tu número. ¿Cuatro? ¿Siete? ¿Eres lo suficientemente afortunada para ser Número Nueve?”

Katarina, apenas consciente, sacude la cabeza. Sé que ella está haciéndome señas de que me mantenga en silencio, ella ha mantenido su silencio este tiempo.

Lucho por mantener la calma. Pero no puedo controlarlo, no puedo verlo herir a mi Katarina. Mi cêpan.

Se aproxima hacia Katarina, aún empuñando la hoja. Katarina murmura algo bajo su mordaza. Curioso, la baja de su boca.

Ella escupe un espeso montón de sangre sobre el piso cerca de sus pies. “¿Torturándome para llegar a ella?”

Él la mira con odio, impaciente. “Sí, eso es.”

Katarina le dirige una desdeñosa risa de lenta formación. “¿Te tomó *dos días enteros* surgir con ese plan?”

Puedo ver a sus mejillas volverse rojas ante la buena puntería del golpe. Incluso los mogadorianos tienen su orgullo.

“Debes ser algún tipo de idiota,” ella brama. Me entusiasmo ante el descaro de Katarina, orgullosa de su desafío, pero asustada de cuales serán las consecuencias.

“Tengo todo el tiempo en las galaxias para esto,” dice él, rotundamente. “Mientras que tú estás aquí conmigo, estamos ahí fuera con el resto de ustedes. No creas que algo nos ha detenido de seguir adelante solo porque las tenemos. Sabemos más de lo que crees, pero



queremos saber todo.”

Cruelmente golpea a Katarina con el extremo de la navaja antes de que pueda hablar de nuevo.

Se voltea hacia mí.

“Si no quieres verla cortada en pequeños trozos, entonces mejor comienza a hablar, y rápido. Y cada palabra que salga mejor que sea verdad, sabré si estás mintiendo.”

Sé que no está jugando, y no puedo aguantar verlo herir a Katarina de nuevo. Si hablo, tal vez será misericordioso, tal vez la dejará en paz.

Sale tan rápido que apenas tengo tiempo de ordenar mis pensamientos, tan rápido que apenas sé lo que estoy diciendo cuando lo digo. Tengo una intención, pero es una sucia: decirle todo lo que sé que no *puede* usar contra mí o contra los otros lorienses. Le cuento detalles sin sentido sobre mis viajes anteriores con Katarina, nuestras identidades anteriores. Le cuento sobre mi Cofre, pero no le doy la ubicación del entierro, afirmando que se perdió en nuestro viaje. Una vez que comienzo a hablar estoy asustada de detenerme. Sé que si vacilo a medir mis palabras olerá mi mentira.

Entonces me pregunta qué número soy.

Sé lo que quiere escuchar: que soy el Número Cuatro. No puedo ser Tres, o de lo contrario habría sido capaz de matarme. Pero si soy Cuatro entonces todo lo que necesitaría es encontrar y matar a Tres antes de que pueda comenzar su sangriento trabajo conmigo.

“Soy Número Ocho,” digo finalmente. Estoy tan asustada, que lo digo con un desesperado suspiro de vergüenza, que sé que él está atontado. Su cara cae.

“Perdón por decepcionarte,” suelto con voz ronca.

Su decepción es de corto tiempo. Comienza a sonreír, victorioso. Tal vez no sea el número que quería, pero ha conseguido sonsacarme mi número. O lo que él piensa que es mi número.

Busco los ojos de Katarina, y aunque sé que está apenas consciente, puedo ver la menor insinuación de gratitud en sus ojos. Está orgullosa de mí por darle el número equivocado.

“¿En verdad eres débil, no?” Me mira con desprecio. Déjalo, pienso. Siento una oleada de superioridad sobre él: era lo suficientemente tonto para creer mi mentira.

“Tus parientes en Lorien, tan fácil como cayeron, al menos eran luchadores. Al menos tenían algo de valentía y dignidad. Pero tú...” Sacude la cabeza hacia mí, entonces escupe en el piso. “No tienes nada, Número Ocho.”



Ante eso, levanta su brazo con la navaja y la clava, profundo en Katarina. Escucho el sonido de huesos crujiendo, del cuchillo abriéndose paso hacia su esternón, justo en su corazón.

Grito. Mis ojos buscan los de Katarina. Ella encuentra mi mirada por un último instante. Adelanto mis cadenas hacia ella, luchando por estar allí para ella en su último momento.

Pero su último momento se va rápido.

Mi Katarina está muerta.



# CAPÍTULO QUINCE

TRADUCIDO POR SOOILUULI

Las semanas se convierten en meses.

Algunos días no me dan de comer, pero mi colgante evita que me muera de sed o hambre. Lo que es más duro es la ausencia de la luz del sol, la interminable inmersión en la oscuridad. A veces pierdo la pista de dónde termina mi cuerpo y comienza la oscuridad. Pierdo el sentido de mi propia existencia, de mis propios límites. Soy una nube de tinta en la noche: negro sobre negro.

Me siento olvidada. Encarcelada, sin esperanza de escapar, y sin información que pueda conducirlos a los otros, soy inútil para ellos por ahora, hasta que hayan matado a los demás antes que yo, hasta mi fecha de extinción.

El impulso de sobrevivir se ha dormido en mí. Vivo no porque quiero, sino porque no  *puedo*  morir. A veces, desearía poder hacerlo.

Incluso así, me fuerzo a mí misma a hacer el trabajo de mantenerme tan en forma y ágil y tan lista para combatir como pueda; flexiones, abdominales, juegos de Sombra.

En esos juegos de Sombra he aprendido a jugar la parte de Katarina tan bien como la mía, dándome instrucciones, describiendo a mis atacantes imaginarios, antes de responder con mis mandos.

Amaba ese juego antes, pero ahora lo odio. Sin embargo, en honor a Katarina, continúo jugando.

Cuando le estaba mintiendo al mog, pensaba que lo estaba haciendo para que prescindiera de Katarina, para dejarla vivir. Pero tan pronto como vi a su navaja perforar su corazón me di cuenta de lo que  *en verdad*  estaba haciendo: adelantando su final. Estaba dándole todo lo que sabía para que la rematara, para que no tuviera que sufrir más, para que no tuviera que  *verla*  sufrir más.

Me digo que fue hacer lo correcto, eso es lo que Katarina hubiera querido. Ella estaba tan adolorida.

Pero he estado sin ella tanto tiempo en este punto que daría cualquier cosa por otro



momento con ella, incluso si tuviera que sufrir tormentos inimaginables por ello. La quiero de vuelta.

Los mogadorianos continúan analizando los límites de mi inmortalidad condicional. Estas pruebas toman tiempo para planificarse y construirse, pero cada semana más o menos, soy arrastrada de mi celda y llevada a otra improvisada para mi destrucción.

La primera semana después de la muerte de Katarina soy llevada a una pequeña cámara y obligada a quedarme de pie en una rejilla a varios metros del suelo. La puerta fue sellada detrás de mí. Esperé unos pocos minutos mientras la habitación se llenaba con un gas de aspecto nocivo, subiendo en espiral por debajo de la rejilla en zarcillos verdes. Cubrí mi boca, intentando no respirarlo, pero no pude contener mi respiración por mucho tiempo. Me di por vencida, tragando su veneno, solo para descubrir que olía como las más frías y frescas brisas de montaña para mí. Mogs furiosos me arrastraron fuera de la habitación minutos después, empujándome rápidamente de vuelta a mi celda, pero pude ver la pila de polvo junto a la puerta a la salida. El mog que había presionado el botón liberando el gas había muerto en mi lugar.

La semana siguiente intentaron ahogarme; la semana después, intentaron quemarme viva. Ninguna de estas me afectó, por supuesto. La última semana, me sirvieron comida con toques de arsénico tan fuerte que juro que pude saborear cada grano de veneno. Habían traído una torta a mi celda, no tenían razón para tratarme con postre, y supe enseguida que su esperanza era engañarme con la torta—y volver trampa el hechizo. Esperaban que si no sabía que mi vida estaba en peligro, el hechizo no funcionaría.

Por supuesto sospeché de ellos desde el principio. Pero comí la torta de todas maneras, estaba deliciosa.

Espiando contra la ranura de la puerta de mi celda, me enteré más tarde que no uno, sino tres mogadorianos perecieron del intento de envenenamiento.

*¿Cuántos mogadorianos hacen falta para hornear una torta?* Me pregunté a mí misma más tarde. Luego con malévola satisfacción, me respondí: *Tres*.

Me permito imaginar un resultado feliz en el cual los mogadorianos, quienes parecen poner poco valor a sus propias vidas, siguen intentando matarme y terminan muriendo en el intento, hasta que no quedan mogadorianos. Sé que es solo una fantasía, pero es una feliz.

No tengo idea de cuánto tiempo he estado aquí, pero me he endurecido tanto a sus intentos de ejecución que no tengo miedo mientras me arrastran a través de los pasillos hacia otra habitación. Esta vez soy arrojada a un gran espacio muy ventilado y con luces opacas, más grande que cualquier habitación en la que haya estado hasta ahora. Sé que estoy siendo observada a través de un vidrio polarizado o un monitor de video, así que pongo en mi cara una expresión desdeñosa, una expresión desdeñosa que se lee como *Prosigue*.



Entonces lo escucho: un gemido bajo y gutural. Es tan intenso que puedo sentirlo, vibrando por el suelo. Me doy vuelta para ver, profunda en las sombras, hay una gran jaula de acero. Se ve familiar.

Escucho mandíbulas chasquear con hambre, seguidas por el sonido de labios enormes relamiéndose.

El piken, la bestia de nuestro viaje aquí fuera.

*Ahora* estoy asustada.

Hay un destello brillante, de repente estoy bañada de luces rojas estroboscópicas, y las barras de acero de la jaula se levantan.

Sin armas, caigo hacia atrás contra la esquina opuesta de la habitación.

*Inteligente*, pienso. *Los mogs nunca antes me han enfrentado contra una criatura viviente.*

El piken da un paso, un monstruo de cuatro patas. Se queda de pie como un bulldog del tamaño de un rinoceronte: patas delanteras curvadas, boca toda babeada, mofletes caídos, los dientes enormes sobresalen de su boca como colmillos. Su piel es un bulto verde y putrefacto; huele a muerte.

Me ruge, empapándome de saliva tan espesa que temo resbalarme sobre ella. Luego embiste.

No puedo confiar en mi propio cuerpo, estoy rígida por la reclusión solitaria, no he practicado combate en meses, pero el instinto y la adrenalina hacen efecto, y lo suficientemente pronto estoy eludiendo a la bestia como una profesional, yendo a toda velocidad por las esquinas, escabulléndome entre sus piernas.

El piken ruge, frustrado, poniéndose más y más nervioso, golpeando las paredes con su cabeza.

No me he divertido así en años, creo, mientras me las arreglo para darle una patada en la cara.

Aterrizo en el suelo, radiante por mi patada bien situada, pero aterrizo en uno de los charcos de su saliva y mis brazos y piernas fallan en la baba. Es un lapso momentáneo, pero es suficiente: la bestia me tiene en sus mandíbulas.

Mi cuerpo entero se inunda de calidez, y estoy segura que este es el fin.

Pero el dolor no viene. La criatura deja salir un largo gimoteo y entonces me libera de sus quijadas. Es una caída de un metro y medio desde su boca hasta el suelo y aterrizo en mi rodilla, lo que duele más que la mordedura.





Me volteo para ver al piken tumbado, la boca abierta, el pecho subiendo y bajando con fuerza. Una enorme medialuna de heridas punzantes se siembra en su pecho. Se llevó la peor parte de propia mordedura.

Deja salir otro bajo gemido lamentable.

Por supuesto, pienso. Una bestia mogadoriana es tan mogadoriano como cualquiera del resto, es susceptible el hechizo también.

Me doy vuelta, intentando conseguir la atención de quien sea que esté mirando. Está claro para mí que la criatura, aunque herida, vivirá. Abandonada a sus propios recursos, los mogs cuidarán a su bestia de vuelta a la salud para que pueda vivir para estropear otro día.

Paso sobre ella, recordando al conejo que maté todos esos años atrás en Nueva Escocia. Escucho los pasos de guardias aproximándose y sé que debo actuar rápido.

Un guardia mog irrumpe en la sala, empuña una larga espada, y está a punto de girar hacia mí cuando se lo piensa dos veces, dándose cuenta de que sólo se matará a sí mismo en el proceso.

Utilizo su vacilación a mi ventaja. Salto del piso y lo golpeo con una fuerte patada, su espada sale traqueteando por el suelo. Una patada más para dominarlo, y luego rápidamente agarro la espada del piso.

Me acerco a la agitada bestia jadeante mientras más guardias entran en la habitación y llevo la espada directamente hacia abajo, a través del cráneo del piken.

Muerto en un instante.

La multitud de guardias me rodea y me arrastra fuera de mi celda. Estoy aturdida pero feliz.

Sin misericordia.



# CAPÍTULO DIECISÉIS

TRADUCIDO POR SOOILLUULI

He llegado a apreciar las pequeñas diferencias en la comida que me sirven. Es siempre el mismo líquido gris, alguna proteína y trigo mezclado en una pasta y repartida en mi bandeja. Pero a veces es hecho con más agua y menos trigo, más trigo y menos proteína, etc.

Hoy es un día pesado en proteína. Lo trago sin alegría pero con algo de gratitud, mis músculos aún me duelen por la lucha con el piken y el guardia, y me imagino que la proteína me hará bien.

Tomo mi último mordisco y vuelvo a la esquina.

Está oscuro en mi celda, pero hay justo la luz suficiente de la ranura de la comida por lo que puedo ver mis pies, mis manos, y mi bandeja de comida.

Excepto que hoy no puedo ver mi mano, puedo ver mi mano izquierda, pero no mi mano derecha.

Ha tomado un largo tiempo afilar mi visión a este estado de sensibilidad en la oscuridad, por lo que estoy furiosa ante esta falla. Agito mi mano derecha en frente de mi cara, girándola de izquierda a derecha en mi manga. Pero aún así todo lo que veo es oscuridad. Me pego una bofetada en la cara, parpadeo, intentando traer de vuelta mi visión.

Pero mi mano derecha aún es un vacío.

Finalmente estiro la mano y agarro mi tenedor, sosteniéndolo frente a mi cara.

Siento un estremecimiento en mi estómago mientras lo aprieto en mi mano. No quiero ninguna falsa esperanza, sé que no puedo *sobrevivir* a ninguna falsa esperanza.

Pero puedo ver el tenedor, y *aun no puedo ver mi mano*.

En ese momento la puerta de mi celda se abre y entra un mog humilde. Ha venido a recuperar mi bandeja. Todo lo que se necesita es la luz del pasillo inundando la habitación para confirmar mi sospecha.

Mi mano derecha es invisible.



*Mi primer Legado ha llegado.*

Jadeo. De todas las habilidades que podía desarrollar, esta parece la única, la única, que podría sacarme viva de esta prisión.

El mog me gruñe recelosamente, y meto mi manga de aspecto vacío detrás de mi espalda, esperando que no la viera. Estoy mareada de alegría.

Es un estúpido, y no nota nada. Levanta mi bandeja del piso y sale de la habitación.

Estoy sumida de vuelta en la oscuridad, y espero impacientemente a que mis ojos se ajusten al punto donde puedo ver mi habilidad de nuevo. Allí está. Manga vacía, mano invisible. Enrollo hacia arriba mi manga y miro mi brazo: mi mano es completamente invisible, mi antebrazo está lechoso, casi translúcido, pero desde mi codo soy completamente visible.

Puedo ver que necesitaré practicar esta habilidad.



# CAPÍTULO

## DIECISIETE

TRADUCIDO POR PAMEE

Ha tomado dos días, pero he aprendido a empuñar mi primer Legado. Mi control no es perfecto todavía, a veces mi invisibilidad tartamudea, y me aterro, luchando para restaurarla. Apagarla y encenderla no es como encender un interruptor de la luz, toma un cierto tipo de concentración.

Los ejercicios de respiración de Katarina se han vuelto muy útiles. Cuando lucho para controlar mi invisibilidad, vuelvo mi atención a mi respiración (*adentro, afuera*), y luego de regreso a la habilidad. Después de que soy capaz de hacer invisible mi mano a voluntad, comienzo a practicar con otras partes de mi cuerpo. Es como flexionar un músculo nuevo: se siente extraño al principio, pero rápidamente se siente natural. Después, dejo que mi cuerpo completo desaparezca. No es más difícil que hacer que mi mano desaparezca; de hecho, parece tomar menos precisión.

Estoy lista.

Me vuelvo completamente invisible y espero la siguiente comida. Toma algo de mi energía mantener la invisibilidad, energía que desearía conservar, pero solo tengo ese único instante para que mi trampa funcione y no puedo arriesgarme a que me vean transformarme. Finalmente, un mog aparece. La ranura de la comida se abre, la bandeja es lanzada al interior. Se cierra.

Me preocupa que la trampa no haya funcionado, ¿tal vez los mogs no se molestan en verificarme, en buscarme en mi celda? En tal caso mi poder es totalmente inútil. La ranura se abre de nuevo, dos ojos pequeños y brillantes miran en las sombras, bizqueando. *Adentro, afuera*. Algunas veces los nervios pueden enviarme de vuelta a la visibilidad y no puedo arruinar este momento. *Adentro, afuera*.

El peor de los casos es que ellos descubran mi poder antes de que pueda usarlo contra ellos. Es una cosa extraña, querer que alguien note mi ausencia.

La ranura se cierra de nuevo. Escucho alejarse al mog y mi corazón cae en picado. *¿Adonde fue? ¿Acaso no notó que no estoy aquí?*



La puerta se abre repentinamente. Dentro de poco, mi pequeña celda es llenada con guardias mogadorianos, cuatro en total. Me presiono contra la esquina lejana, escondiéndome. Están amontonados muy juntos, consultándose acerca de mi aparente desaparición. *No hay forma de salir.*

Uno se va y corre por el pasillo, su salida crea más espacio en la habitación, menor oportunidad de que alguien tropiece conmigo, y respiro más tranquila.

Uno de ellos gira su brazo, frustrado, y tengo que agacharme tan rápido como puedo. Por poco me alcanza, muy cerca.

Me echo a un lado, silenciosa como un gato, en la esquina cercana a la puerta. Dos de los mogs están al fondo de la celda, pero uno de ellos bloquea la salida.

*Muévete, pienso. Muévete.*

Puedo oír pasos corriendo hacia la celda. Más mogs. Sé que todo lo que se necesitará será un mog rozando mi hombro o sintiendo mi respiración para que yo y mi nuevo Legado seamos descubiertos. Los pasos se están acercando, el mog junto a la puerta da un paso más adentro de la celda para darle cabida a aquellos en camino y me abalanzo hacia el pasillo.

Casi caigo al suelo de piedra fuera de mi celda, pero recupero el equilibrio justo a tiempo. Carne golpeando contra la piedra, seguramente habría sido descubierta.

Una horda de mogs está corriendo por el pasillo hacia mi celda por la izquierda. No hay más opción que correr a la derecha. Me largo, posándome tan delicadamente como puedo. *Silenciosa como un gato.*

Es un pasillo largo. Lucho por mantenerme silenciosa, mis pies desnudos haciendo los sonidos más débiles mientras corro y corro y corro. Al principio estoy asustada, pero luego puedo sentirla: libertad, más adelante.

Voy más rápido, pisando con los pies arqueados para silenciar el sonido. Mi corazón salta en mi pecho mientras salgo al pasillo y me encuentro en el centro del complejo mogadoriano, una caverna enorme alimentada por muchos otros túneles como el por el que acabo de venir. Hay cámaras de seguridad de circuito cerrado en todas partes. Cuando las reconozco, mi pecho se levanta con miedo, pero luego recuerdo que soy invisible, a las cámaras así como a los mogs. Por cuanto tiempo, no lo sé.

Una sirena es apretada. Debería haber esperado eso. Luces de seguridad centelleantes se apagan cuando la cueva es llenada con los chillidos de la alarma. Las altas murallas de la cueva solo la amplifican.



Salgo de nuevo, escogiendo un túnel al azar. Paso otras celdas como la mía, luego puertas de acero que probablemente contienen más prisioneros.

Desearía tener tiempo para ayudarlos, pero todo lo que puedo hacer es correr, y seguir corriendo, tanto como mi invisibilidad se mantenga.

Rodeo el túnel, pasando una habitación a mi derecha con ventanas de cristal. Está iluminada por brillantes fluorescentes. Dentro cientos y cientos de computadores en fila zumban y filtran datos, sin duda buscando signos de mis compañeros garde. Sigo corriendo.

Paso otro laboratorio, también con ventanas de cristal, este a mi izquierda. Mogadorianos con trajes de plástico blanco y gafas de protección están adentro. ¿Científicos? ¿Químicos de bombas? Estoy más allá de ellos antes de tener oportunidad de ver qué están haciendo. Solo puedo asumir algo horrible.

Mi cerebro es partido por la sirena, y quiero tapar mis oídos, pero necesito mis manos para mantener el equilibrio mientras corro, para mantener mis pasos finos y sin sonido.

Tengo el extraño pensamiento de que para toda mi falta de tacto, mi poca feminidad y mi entrenamiento de guerrero, ahora me encuentro a mi misma acudiendo a tal habilidad femenina; siendo de pies ligeros, como una bailarina.

El túnel alimenta otro centro, este más grande que el otro. Había asumido que lo que vi más temprano era el corazón del complejo, pero es este en verdad: un vestíbulo cavernoso de kilómetro y medio de ancho y tan oscuro y turbio que apenas puedo ver hacia el otro lado.

Estoy cubierta de sudor y sin aliento. Hace calor aquí. Las paredes y el techo están revestidos con grandes enrejados de madera, evitando que la cueva colapse. Estrechos salientes tallados en la superficie de la roca conectan los túneles que salpican las oscuras paredes.

Sobre mí, varios arcos largos han sido tallados en la montaña misma para unir la división de un lado al otro.

Contengo la respiración y me limpio la frente, para evitar que el sudor mi ciegue.

Hay tantos túneles, ningunos de ellos están señalados, mi corazón cae en picado. Me doy cuenta de que puedo correr y correr a través de este complejo por días sin encontrar la salida. Me imagino como una rata en el laberinto de un laboratorio, correteando y zigzagueando en vano.



Luego lo veo: un solo pinchazo de luz natural por encima. Debe haber una forma de salir de aquí. Será una subida inclinada por estas paredes, puedo hacerlo. Cuando tomo el enrejado para izar me, lo oigo.

“Ella *será* encontrada.”

Es él, el ejecutor de Katarina.

Les está hablando a algunos guardias mogs en una pasarela sobre mí. Los guardias se marchan. Mis ojos se clavan en el ejecutor mientras él se desvía de vuelta al complejo.

Tengo que elegir entre escape y venganza.

La luz de arriba me llama como agua en un desierto. Me pregunto cuanto tiempo ha pasado desde que vi la luz del sol...pero giro.

*Elijo venganza.*



# CAPÍTULO

## DIECIOCHO

TRADUCIDO POR VALEN JV

Lo sigo de puntillas a través de los pasillos, con cuidado de mantener mi invisibilidad, he aprendido lo suficiente sobre mi Legado hasta ahora como para saber que cualquier sorpresa o ruptura de la concentración puede causar que aparezca de nuevo.

Veo mientras él se sumerge en una celda, yo me meto detrás de él mientras la puerta se cierra.

Sin saber que tiene compañía, camina a la esquina de la habitación y empieza a limpiar. Miro hacia abajo. Hay sangre en el suelo, sus armas están fuera; ha torturado y matado a otros.

Nunca antes he matado a un mogadoriano, sin contar a los mogadorianos que murieron tratando de matarme, en toda mi vida solo he matado a un conejo y a un piken. Para mi sorpresa, me doy cuenta de que estoy *sedienta* de muerte.

Agarro una navaja de su escritorio y me acerco a él. La cuchilla se siente bien en mi mano, se siente *apropiado*.

Sé bien que darle una oportunidad para rogar, o implorar, hará temblar mi decisión. Lo agarro desde atrás y abro su garganta con un corte limpio. Su boca gorjea y arroja sangre por el piso, contra mis manos. Cae de rodillas y luego estalla en cenizas.

Me siento más viva que nunca.

Abro mi boca para hablar. Estoy a punto de decir, *eso es por Katarina*, pero no lo hago. No hablo porque sé que es mentira.

Eso no fue por Katarina, eso fue por *mí*.

Salgo del complejo una hora más tarde, exhausta y luchando por mantenerme invisible mientras subo a la cima de la montaña, mientras corro de una montaña a una colina de al frente. Tengo que detenerme para descansar, para adaptarme a la cegadora luz del mediodía.





Mi piel translúcida se quema bajo el sol. Miro la entrada del complejo, que ya es difícil de distinguir desde la distancia. No confío en mi memoria, por lo que hago una pausa para memorizar su forma, su ubicación exacta.

Estoy segura de que los mogs se dispersaron por el complejo, buscándome. Y estoy segura de que salieron de la salida, e incluso en este momento están buscando a través de los árboles a lo largo de estas colinas.

Déjenlos buscar.

Nunca me encontrarán.

Corro unos cuantos kilómetros a través de los árboles, hasta que llego a un camino en un pequeño pueblo minero. Estoy corriendo descalza, por lo que el camino golpea con fuerza contra mis pies, matando mis articulaciones. No me importa; eventualmente conseguiré un par de deportivas.

Encuentro un camión en ralentí en el único semáforo del pueblo. Ligeramente salto a la parte trasera de la camioneta, dejando que el camión me lleve más y más lejos del complejo de los mogadorianos. Unas horas después, cuando el camionero se detiene por gasolina entro de prisa, todavía invisible, a la cabina, rebuscando entre sus cosas. Tomo un puñado de cuartos de dólar, un bolígrafo, un par de trozos de papel, y una bolsa de papas fritas a la barbacoa sin comer.

Corro detrás de la gasolinera y me siento en la sombra. Dibujo un mapa de la entrada del complejo en un lado del papel, y un diagrama de los túneles internos tan bien como puedo recordar. Pasará un tiempo antes de que use esto, pero sé que mi recuerdo de su escondite es lo más valioso que poseo, y debe ser preservado.

Una vez que termino el diagrama, echo la cabeza hacia atrás. El sol se está poniendo, pero aún puedo sentir el calor del sol en mi cara. Abro la bolsa de papitas y las como en tres bocados desordenados. Las papitas saladas y dulces saben delicioso, maravilloso.

Estoy en un cuarto de motel, por fin. Por un día completo vagué, impulsada por la necesidad de refugio y descanso. No había manera de que pudiera pagar un cuarto, y en mi desesperación empecé a considerar el robo. Elegir algunos bolsillos, agarrar el dinero que vaya a necesitar. Usando mi Legado, robar sería pan comido.

Pero luego se me ocurrió que no necesitaría robar, de todas maneras, no todavía. En lugar de eso, entré al vestíbulo de un pequeño motel, me volví invisible, y me colé en la oficina del gerente del hotel. Levanté del gancho la llave del cuarto 21. No estaba segura de cómo



iba a llevar la llave flotante por el vestíbulo lleno de gente y me detuve por un momento, congelada en la oficina, pero pronto la llave también desapareció en mi mano.

Nunca antes había hecho que un objeto desapareciera, solo a mi misma y mi ropa. Un indicio de mi Legado y sus otros usos.

He estado en el cuarto por un par de horas. Así que me siento menos como si estuviera robando, duermo sobre las sábanas, en el frío del aire acondicionado del cuarto.

Me percibo: he estado invisible todo el tiempo que he estado en el cuarto, apretada por el esfuerzo de mantenerlo; es como aguantar la respiración.

Me levanto y me acerco al espejo al otro lado del cuarto, dejando que se vaya. Mi cuerpo llena el espejo, y veo mi cara por primera vez después de más de siete meses.

Jadeo.

La chica que me ve es casi irreconocible. Ya casi no soy una chica.

Me veo por un largo tiempo, sola en la habitación, sin vigilancia, sin compañía, adolorida por Katarina, adolorida por un digno homenaje a ella.

Pero está justo ahí: en la nueva dureza y definición de mi cara, en la curva musculosa de mi brazo. Ahora soy una mujer, soy una guerrera. Su amor y pérdida está grabado para siempre en el firme conjunto de mi mandíbula.

Yo soy su homenaje, la supervivencia es mi regalo para ella.

Satisfecha, vuelvo a la cama del motel y duermo por días.



# CAPÍTULO DIECINUEVE

TRADUCIDO POR VALEN JV

Han pasado años.

Vivo una vida inestable, saltando de ciudad a ciudad. Evito conexiones o relaciones, y me enfoco en desarrollar mis habilidades de combate y mis Legados. La invisibilidad fue seguida por la telequinesis, y en los últimos meses he descubierto una nueva habilidad: puedo controlar y manipular el clima.

Uso ese Legado con moderación, ya que es una manera fácil de atraer atención indeseada. Se manifestó hace meses, en un pequeño suburbio fuera de Cleveland. Había estado siguiendo una pista a uno de los garde que no me llevó a ningún lado y, desanimada, estaba deambulando de vuelta a mi motel, tomando café helado. Mi pierna estalló en un dolor punzante, y dejé caer la bebida al suelo.

Mi tercera cicatriz. Tres estaba muerto.

Me caí al suelo adolorida y furiosa, y antes de saber lo que estaba pasando el cielo sobre mi cabeza se llenó de nubes. Una tormenta eléctrica le siguió.

Ahora estoy en Athens, Georgia. Es una ciudad pequeña, una de las mejores por las que he pasado en los últimos años. Estudiantes por todos lados. Tenía la espereza de un vagabundo en mi apariencia la que destacaba en áreas suburbanas, pero rodeada por hippies, nerds musicales y hipsters no me veo tan rara. Esto hace que me sienta a salvo.

Todos mis líderes han muerto, y todavía tengo que descubrir a alguien de mi especie, pero sé que está por venir. Tiempo de reunir a los garde. Si mis Legados se están desarrollando a esta velocidad, estoy segura de que se puede decir lo mismo de los demás como yo. Pronto habrá señales, puedo sentirlo.

Soy paciente, pero estoy emocionada: estoy lista para pelear.

Camino por la calle, sorbiendo la hez<sup>4</sup> de mi café helado, se ha convertido en mi bebida preferida. He recorrido al hurto para financiar mis apetitos, pero se ha vuelto tan fácil que

---

<sup>4</sup> Hez: En las preparaciones líquidas, parte de desperdicio que se deposita en el fondo de las cubas o vasijas.



nunca tengo que pelar completamente a nadie; sólo agarro unos cuantos dólares aquí y allí para seguir adelante.

De repente soy golpeada por una ráfaga de viento, prácticamente me caigo. Por un segundo, creo que he perdido el control, que es mi propio poder el que lo causó, pero el viento termina tan pronto como empezó, y me doy cuenta de que no provino de mí, pero ha abierto la puerta de otra cafetería.

Casi sigo caminando, pero mi vista atrapa una computadora encendida en la parte trasera de la cafetería. Utilizo los cibercafés para vigilar las noticias, buscando elementos que pudieran convertirse en una pista para llegar a mi especie. Hacerlo hace que me sienta más cerca de Katarina, me he convertido en mi propio cêpan.

Arrojo mi vaso vacío en la basura de afuera y entro en el frío aire acondicionado del lugar. Tomo mi asiento, y empiezo a escanear las noticias.

Un artículo sobre Paradise, Ohio, llama mi atención. Un adolescente fue visto saltando de un edificio en llamas. Nuevo en el pueblo, llamado John. El periodista mencionó lo difícil que fue conseguir información sólida sobre él.

Me levanto tan rápido que envío la silla volando detrás de mí. Sé en un instante que él es uno de nosotros, aunque no se *cómo* lo sé. Algo en esa ráfaga de viento, algo acerca de la manera en que las mariposas ahora están volando en mi estómago, rozando mis entrañas con sus alas.

Tal vez este reconocimiento es una parte del hechizo, algo que nos permite saber que una corazonada es *más* que una corazonada. Lo sé.

*Simplemente lo sé.*

Mi corazón late de emoción. Él está ahí afuera, uno de los garde.

Salgo corriendo del cibercafé y entro en la calle. Izquierda, derecha... No sé cuál camino tomar, cómo llegar a Paradise tan pronto como sea posible.

Respiro profundamente.

*Está empezando, pienso. Por fin está empezando.*

Me río de mi propia parálisis. Recuerdo que la estación de autobuses está a un kilómetro por la carretera. Hice de un hábito lo de recordar todas las rutas de transporte hacia y desde la ciudad que visito, y la ruta de autobús para salir de Athens vuelve a mi mente. El principio de un plan para llegar a Paradise comienza a desarrollarse.

Me volteo y empiezo a caminar hacia la estación.



PITTACUS LORE

TRADUCIDO EN DARK GUARDIANS

FIN

Página 61



LOS LEGADOS DE SEIS

PITTACUS LORE

TRADUCIDO EN DARK GUARDIANS

## AGRADECIMIENTOS

TRADUCTORA A CARGO

© Pamee

TRADUCTORES

- © Neru
- © Cris
- © Pamee
- © sooi.luuli
- © Valen JV

DISEÑO

© Pamee

Página 62



# LOS LEGADOS DE SEIS



SIGUE OTRAS TRADUCCIONES Y  
TRANSCRIPCIONES EN  
FORO DARK GUARDIANS

[HTTP://DARKGUARDIANS.FOROS-ACTIVOS.ES/FORUM](http://darkguardians.foros-activos.es/forum)



LOS LEGADOS DE SEIS